

Las alas de mi padre

MILENA AGUS



Lectulandia

Sin magia la vida no es más que un espanto.

En la luminosa Cerdeña de Milena Agus, «Madame» (llamada así por su amor a Francia...) tiene un terreno a orillas del mar codiciado por los especuladores. Pero Madame, aunque sea pobre, no quiere vender, y con su actitud impide que las familias vecinas puedan hacer negocio. A pesar de esto, nadie puede dejar de quererla debido a su generosidad y su ingenua resistencia. Esta historia, narrada por una vecina adolescente, es irónica y truculenta, fantástica y verdadera. Es también la historia de la extraordinaria sensibilidad del niño Pietrino, de la pasión por el jazz de un tenaz joven, de un padre cuya presencia es un rumor de alas... Y también es la historia de unos amores que avanzan a duras penas y de los sacrificios propiciatorios para mantenerlos en pie. Madame cree en la magia y la reparte con el objetivo de hacer más feliz a la gente, porque «sin magia... la vida no es más que un espanto», repite sin cesar.

Lectulandia

Milena Agus

Las alas de mi padre

ePub r1.0

orhi 08.12.13

Título original: *Ali di babo*
Milena Agus, 2008
Traducción: Celia Filipetto

Editor digital: orhi
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Con gratitud a Enrico, Ettore, Marco y Valter, todos en el papel del abuelo.

Vivir bien y vivir felices son dos cosas distintas. Y la segunda, sin algo de magia, seguramente no me ocurrirá.

Wolfgang Amadeus Mozart

1

Las alas de mi padre

Nuestra posición es 39° 9' al norte del Ecuador y 9° 34' al este del meridiano de Greenwich. Aquí el cielo es transparente; el mar, color zafiro y lapislázuli; la vegetación, perfumada; los arrecifes graníticos, de plata y oro. En las pequeñas zonas cultivadas robando tierras al monte, sobre la colina, entre muros de piedra, brillan en primavera las flores blancas de los almendros, en verano, los tomates rojos, y en invierno, los limones.

Pero, muchas veces, toda esta belleza nos aburre, nos entran deseos del mundo normal y se nos ponen los nervios de punta. Entonces, si no podemos ir a la ciudad para desahogarnos, madame y yo hacemos cosas absurdas como zambullirnos en el mar en pleno invierno, bajar corriendo sin parar los doscientos metros del empinado camino de herradura que lleva a la playa y volver a subir siempre corriendo sin parar, nadar mar adentro hasta donde aflora la última roca, o en verano, ir caminando hasta Cala Pira y Punta Is Molentis para bañarnos al amanecer antes de que lleguen los turistas, o en cuanto termina el invierno, ir a recoger espárragos y volver aquí contentas a prepararnos unas tortillas.

Los dueños de estas tierras estarían dispuestos a vender y dejar que construyesen una urbanización para turistas con caminos cómodos hasta la carretera estatal. Pero nadie puede hacer nada si no vende también madame, que es una potencia infinitesimal, como dice abuelo, porque tiene las mejores tierras, más cercanas a la costa, situadas justo en medio de todas las demás. Un montón de hectáreas de monte mediterráneo más el hotel de madame, que no es exactamente un hotel, sino una casa donde pueden hospedarse como máximo ocho personas.

A madame la queremos. Cómo no quererla cuando nos trae pan, pasta y dulces caseros, y en verano, esos tomates con el mismo sabor de cuando los adultos eran niños. Eso sí, creemos que está loca por su manía de querer salvar Cerdeña del cemento ella solita, de no vender y seguir siendo pobre y así impedirnos también a nosotros que nos hagamos ricos.

En mi familia, la única aparte de los vecinos y de madame que vive aquí todo el año, hasta abuelo pensaba así antes, pero ahora dice que nos pasamos la vida haciendo grandes esfuerzos por adaptarnos al pensamiento dominante, que nos parece el mejor por ser el de la mayoría de la gente, cuando en muchos casos deberíamos emplear las energías en cambiar esa forma de pensar común, y a alguien le tiene que tocar ser el primero.

Por cierto, hablando de los vecinos y del hecho de que a ellos les gustaría vender, madame no entiende cómo unas personas tan religiosas y buenas, que antes de comer rezan para agradecer a Dios por los alimentos, no le dan también las gracias por este

trozo de paraíso terrenal y quieren permitir que construyan un montón de cajas de cemento, cada cual con su jardincillo cubierto de mullido césped y un montón de calles adaptadas para los coches, y todo por dinero. Como si no hubiera que defender la obra del Señor, incluso cuando no nos viene bien.

El hotel rural de madame da a un camino sin asfaltar. Una entrada para coches permite acceder a un corredor que, dispuesto al costado de la vivienda, desemboca en el amplio patio al que asoma el porche. Por la puertecita de entrada se accede a la casa, en primer lugar se encuentra el recibidor, a continuación, a la derecha, están la despensa, otro recibidor y luego la gran cocina, que da al porche. A la izquierda están los dormitorios y la escalera que lleva a la primera planta, donde se encuentran las otras habitaciones de huéspedes, todas comunicadas entre sí, pero para no quitar las preciosas puertas, madame se limitó a cerrarlas con llave.

Madame no tiene jardín, ni falta que le hace, porque ¿hay algo más hermoso en invierno que las colinas llenas de narcisos, y en primavera, la jara florecida y las flores azules del romero, y en verano, las azucenas silvestres? Sólo en los costados del patio cultiva unas flores que ya casi no se ven en ninguna parte, fucsias, pasionarias, lirios azafranados. También intenta cultivar una alcaparrera, con esas flores que se parecen a los pájaros mágicos de las fábulas, pero no hay nada que hacer, la tierra es demasiado buena para la alcaparrera, a veces en los muros de Cagliari o de Villasimius se ven algunas plantas, pero aquí, nada.

Excepto la de madame, nuestras casas son modernas y funcionales, copiadas de las de los pueblos de Torre delle Stelle, Geremeas, Kal'e Moru, Costa Rei. Por este motivo, abuelo se peleó con la abuela Elena, cuando todavía vivía, y con mamá, pero el estilo demodé y chapado a la antigua^[1] sólo le gustaba a él, a nadie más.

Abuelo y madame son muy amigos. Los dos ya están de acuerdo en que esta tierra no se vende. Abuelo vive a cuerpo de rey desde que lo perdió todo, y de rico señor de ciudad, profesor de filosofía por puro placer, no por necesidad, se ha transformado en campesino jubilado y se lo pasa en grande siendo pobre, ahorrando, pesando y repartiendo lo que cultivamos, llevando el libro de cuentas. Madame vino a parar aquí, a trabajar de hotelera, después de su enésimo empleo y fracaso sentimental.

Conocen los senderos de zarzas, madroños y helechos que llevan al otro lado de los montes, hasta las cascadas altísimas con tres o cuatro saltos donde el agua forma laguitos cristalinos rodeados de adelfas, en donde nos bañamos montones de veces y lo pasamos tan bien con abuelo que, a su edad, se pone debajo del chorro de la cascada para volverse hermoso, y con madame, que canta con su voz melodiosa.

En las colinas, sobre las faldas del sureste, al reparo del viento maestral, tenemos unos almendros y sacamos algo de dinero con las almendras, que se venden a muy buen precio para los dulces sardos, y con la verdura y la fruta de los huertos, en

especial con los tomates de madame, que en el mercado de Cagliari se los quitan de las manos y todo el mundo se pregunta cómo es posible que no sean aguachentos y tengan auténtico sabor a tomate, y aunque parezca mentira, madame se mantiene más con sus tomates y conservas que con los huéspedes del hotel.

De los bienes de mi familia no queda nada. Vivimos todos con la jubilación de abuelo y gracias a estos pocos terrenos cultivados robados al monte mediterráneo. La verdad es que, aparte de dinero en metálico, no nos falta nada. Las gallinas nos dan huevos, el huerto, fruta y verdura. Tenemos alcachofas, tomates, coliflores, espinacas, judías tiernas, guisantes, calabacines, pimientos, acelgas, coles, berenjenas, rábanos, lentejas y garbanzos. Hace cien años cavaron los pozos de agua, ahora se saca con electrobombas, se vierte en pilas de cemento y después llega a los huertos por una red de canales y surcos en la tierra. En cuanto al agua de beber, nos aprovisionamos en las fuentes que hay detrás de los montes de Sette Fratelli, para la electricidad contamos con los molinos de viento y las dínamos; y cuando no hay viento tenemos generadores, y telefoneamos con los móviles buscando los lugares donde hay señal. No podemos derrochar nada. Tanto nosotros como los vecinos tenemos un todoterreno para llegar aquí desde la carretera estatal. En cambio, madame tiene un coche demodé y chapado a la antigua, un Ford Fiesta de hace por lo menos veinte años, al que siempre le saca brillo y del que se enorgullece por cómo arranca a la primera, haga el tiempo que haga, y al que una vez abuelo abolló un pelín mientras hacía una maniobra que a madame no le salía y ella le montó el numerito. Abuelo se puso nervioso y le dijo: «¡Ni que fuera un Ferrari!». A partir de entonces, a la vieja cafetera de madame le hemos puesto «Ferrarina». Además de estos medios de transporte, contamos con dos caballos: uno es de abuelo, de cuando era rico y hacía equitación, se llama Salvo porque ya no galopaba y abuelo lo salvó de la muerte trayéndolo aquí; el otro es Amelia, una yegua de la pista de equitación, que habría acabado en el matadero de no ser porque abuelo se la regaló a madame. Todo lo demás es monte.

A madame le importa mucho la felicidad de la gente y cree en la magia; a cada huésped del hotel le echa las cartas del tarot para saber qué le hace falta y así poder dárselo, lo que pasa es que las cartas dan unas respuestas difícilísimas, entonces, ella se limita al significado de los números. Por ejemplo, cuando se trata de parejas, la mesa la pone con el número catorce, la Templanza, la unión entre dos elementos separados, o sea, catorce raviolis, catorce pastelitos, catorce cacitos de sopa. Si se trata de mujeres solas, el Carro, siete pastelitos, siete raviolis más grandes, siete cucharadas de pasta, porque el siete es el amante que, si no lo hay, con esta magia a lo mejor llega. Muchas veces lo combina con el tres, la Emperatriz, por ejemplo para desayunar, café, leche y chocolate, porque el tres es el número de la explosión creativa, y en las relaciones entre amantes la mujer permite que el hombre viva bien

fuera de su hogar, y aunque no sea lo más feliz del mundo, al menos es mejor que nada. Es preferible el seis, el Enamorado, aunque sea un enamorado que trata de llevárselo todo porque no sabe elegir. Pero si le añades un tres, por ejemplo, tres cubiertos, tenedor de postre, cucharilla para el azúcar y el café, entonces se convierte en nueve, y el nueve es el Ermitaño, la soledad, que aunque iluminada, según madame, es lo peor, así que hay que detenerse impepinablemente en el ocho, la Justicia, la Perfección. Además, los vasos no deben rodar sobre la mesa ni romperse, tampoco hay que cruzar los cuchillos. Con el diecisiete, la Estrella, madame se muestra cauta. Significa generosidad, altruismo, pero estamos tan acostumbrados a que el diecisiete traiga siempre mala suerte, que del diecisiete madame prefiere no fiarse. Mucho mejor el diecinueve, el Sol.

Los huéspedes del hotel no lo saben y comen, ajenos a todo, catorce albóndigas o diecinueve raviolis o seis pastelitos, y en cambio, todo forma parte de un plan que madame crea expresamente para que sean felices.

Ahora bien, para todo lo referido a su felicidad, madame dice que si todavía no le ha llegado, es muy difícil que llegue pasada cierta edad. Aunque no imposible. Lo peor de todo es la soledad. Cuando almuerza sola, algo que ocurre casi siempre, sin mantel, con servilleta de papel, nota un fantasma que le da golpes en la cabeza y se le echa sobre el plato. Como si el fantasma le reprochara el no ser capaz de vivir con alguien, de tener un amor. Yo tampoco me explico esta soledad suya, a menos que se trate de una maldición, porque madame es la persona más hermosa y buena que conozco y en su almanaque encuentras apuntados todos los favores que debe hacer: llevar pan recién horneado a los vecinos, ponerle la inyección de analgésico a mi mamá y cosas por el estilo.

A madame la llamamos madame y a su yegua Amelia le decimos Amélie, aunque ninguna de las dos tenga nada de francesa; la cuestión es que un día de estos, madame tendrá que ir a París a ver cómo se las apaña el primogénito de los vecinos, el músico. Los vecinos siguen a rajatabla las reglas católicas y tienen todos los hijos que Dios les manda, pero no pueden vigilarlos. Es decir, vigilarlos, los vigilan, pero así por encima, no de forma especial. De manera que madame se prepara para viajar, y dos veces por semana va a la ciudad a estudiar francés, pero ocurre que todas las escuelas, sean del tipo que sean, le dan agobio y sufre mucho. Pero París... ¡Oh, París!

Ella admira mucho a la familia de los vecinos y no sólo porque son buenas personas, sino porque saben cómo ser felices.

En cambio, por mí siento pena. Por lo que pasó a causa de mi padre, que era el mejor padre del mundo, pero un buen día desapareció de repente porque era un jugador de cartas perseguido por los acreedores y la policía. Y por eso nos embargaron las casas de la ciudad y nos vinimos para aquí, a las únicas tierras que nos quedaron, mamá,

mis hermanitas, mi tía, el abuelo y la abuela Elena, que se murió poco después. Por todo esto, a mi padre lo odié con toda el alma. Hasta el día en que me pasó una cosa. Una cosa mágica. Resulta que yo estaba hecha un ovillo en la cama del cuarto del hotel que madame siempre tiene libre para mí y no conseguía pegar ojo, en parte porque en el colegio tenía un montón de notas malísimas e iba atrasada en todas las asignaturas, y en parte porque una compañera mía había venido a visitarme y se había aburrido pese a que habíamos visto unos delfines saltando frente a la isla de Serpentara.

Noté un soplido, como si alguien jugara a echarme viento. No lo veía, pero ésa era una broma típica de mi padre. El viento agitó las sábanas, las levantó hasta el techo y se formaron dos alas grandes, una con la sábana bajera, otra con la encimera, y se distinguían porque la encimera tiene pasamanería y la otra no. Me quedé únicamente con las mantas y mi padre no paraba de soplar, el muy juguetón, y en vez de morirme de miedo, me divertí como loca. Entonces comprendí que mi padre había muerto y no volvía a casa porque no podía, no porque no quisiera. Esta idea la tuve desde siempre, desde el día en que se fue, que mi padre no es de esos que abandona así a los suyos. Sobre todo a mí, la primogénita, su preferida. Y lo cierto es que volvió, a su manera, volvió a mi lado.

2

El herido

Hay días en que a madame todo el mundo le da pena. Mira la playa desierta de guijarros blancos, el mar celeste, turquesa, azul infinito, por las noches, el cielo lleno de estrellas, siente el olor del monte y dice que también este lugar es pobrecito, porque mucha gente querría adueñarse de él e incluso quemar el monte para arruinarlo todo y construir después un montón de casas adosadas.

En el hotel hay ahora un herido que a madame le gusta mucho. Se quedará aquí hasta que se haya curado. Después de traerlo, su novia volvió a marcharse al Norte, al Continente; él la menciona siempre y no dice «yo», sino «nosotros», «nosotros pensamos esto y lo de más allá, nosotros hacemos esto y lo de más allá», para indicar que son una sola cosa. Sufre porque nunca se separa de ella, viajaron abrazados hasta llegar a Cerdeña. Se llama Alegría, pero el herido la llama La Alegría, como acostumbran hacer en su tierra. Así, cuando habla de ella, a nosotros nos parece que se refiere a la alegría, en el sentido de la felicidad, pero no, es su novia. Cuando La Alegría vino a traer al herido, no nos gustó nada. Una mujer que para no engordar, en vez de tomarse las ricas comidas de madame, prefiere unos sobres de proteínas y vitaminas que se disuelven en un vaso de agua, y no da un paseo por la playa si madame no la lleva en la calesa, como si estuviese herida, y nunca si sopla el viento, para no despeinarse el cabello negro y lacio, peinado con raya bien recta a un lado, flequillo acabado en un rizo que cubre un poco un ojo y otros dos rizos debajo de las orejas.

3

El hijo pequeño de los vecinos

«¿Quién es?», se puso a gritar Pietrino, el niño pequeño de los vecinos.

«¿Quién es?», y con el dedo señalaba hacia arriba. Entonces miramos hacia lo alto, para ver si, por casualidad, había un avión o alguna otra cosa rara. Y no. En el cielo no había nada, de manera que no podía ser otra cosa que la luna.

Cuando Pietrino nació, ya nos habíamos mudado aquí. Me acuerdo del cuchicheo, de la cuna en el cuarto que hay justo debajo del tejado y de la ventana desde donde se ve el monte en toda su extensión, y en el horizonte, un trocito de mar azul. Pietrino nació en verano y su cuna estaba cubierta por el tul de la mosquitera. La ventana estaba abierta, sobre todo de noche, y entraba la brisa trayendo los perfumes de la tierra y el mar, y nos quedábamos a cuidar al niño sin encender la luz, en el cuartito que, al caer el sol, se ponía anaranjado, luego violeta, luego fosforescente, iluminado sólo por la luna. Siempre cuchicheando, la abuela Elena, que por entonces seguía viva, y mamá, que no estaba enferma, y la abuela de los vecinos, y la mamá de los vecinos, recordaban los otros nacimientos. Madame, que no podía hablar de ningún nacimiento, no hacía más que ir y venir de su casa, a lomos de Amelia, que por entonces todavía no se llamaba Amélie, cargada de cestas con comida para todos. El hijo mayor de los vecinos, que todavía no se había ido a París, tocaba con la trompeta *A Child is born* de Thad Jones, convencido de que, en el silencio, la música llegaría desde el monte hasta la ventana de su hermanito.

Todo era mágico y feliz. Después los vecinos se olvidaron de Pietrino, o mejor dicho, no se olvidaron, sino que sencillamente nunca más volvieron a hacer por él nada especial. Nada de cuchicheos. Nada de cuentos. Nada de Thad Jones.

Ahora Pietrino ya no duerme en el cuartito que hay justo debajo del tejado, que siempre tiene que estar en perfecto orden para cuando la abuela de ellos viene del pueblo a quedarse unos días, sino que duerme con sus hermanos. Todas las noches se canta una nana él solito, y se mece, siempre solo, y si el ceremonial nocturno del pequeño se prolonga demasiado, los hermanos le tiran almohadas y amenazan con ahogarlo.

Pero Pietrino tiene su mundo y no necesita nada más. Ni siquiera juguetes. A su hermano mayor, cuando regresa de París, le pide que le traiga algo. Pero no sabe qué. Su hermano mayor tampoco lo sabe. Entonces le trae los billetes usados de avión y metro, un envoltorio de pan con los textos en francés, una botellita de *eau minerale Vittel*; el niño lo guarda todo en una caja, que cree mágica y la llama el tesoro de París.

4

El amante de madame

Madame tiene un amante en la ciudad con el que no sale, que tampoco viene aquí porque de ella no quiere favores, además, nunca le hace la comida y cuando ella va a visitarlo y lo ve cocinar, siempre se hace ilusiones de que le está preparando la cena, pues no, son las comidas de la semana que él guarda en el congelador y no le dice «¿quieres probar?» ni muerto.

Una vez madame se armó de valor y le preguntó si le gustaría cenar con una mujer por el gusto de comer juntos cosas ricas y compartir una bonita sensación. Él le contestó que sí, claro, en la situación adecuada, en el momento adecuado.

Madame sintió un espanto tan grande que se juró no volver a hacer preguntas tan estúpidas el resto de su vida. Las preguntas así de estúpidas hacen desaparecer toda la magia. Y sin magia la vida no es más que un espanto.

5

El gallo Niki Niki

Niki Niki pica a todos los que se atreven a acercársele. Ahora es un gallo. Pero antes era un pollito sin madre, sus hermanitos se habían muerto y nuestros vecinos no querían dárnoslo porque los pollitos sin madre y sin hermanos se mueren. El pobrecito cantaba así: ¡Niii kiii! ¡Niii kiii! Yo creí en él, creí en Niki Niki. Confié en que viviría. Dormía en mi mano y para las caquitas le hice un pañalito de lana, y en su cajita le puse un espejito, así se creyó que tenía hermanos, una familia, la mamá-mano y el espejo-hermanos, pero en realidad sólo era yo, que hacía magia, y él se lo creía.

Mamá no soporta esta ardiente imaginación mía. Dice que soy una mentirosa. Como mi padre. Tampoco soporta que no conteste cuando me llaman, y si contesto, estoy con el cuerpo, pero vete a saber dónde estoy con la mente. Y lo que menos tolera es que si cuento algo, a lo mejor con lujo de detalles, después siempre se descubre que las cosas no fueron realmente así y que la realidad no hizo más que inspirarme.

Mamá dice que ella, a estas alturas, por culpa del dolor de espalda, está condenada a vivir entre la cama y el silloncito, que le gustaría saber cómo es el mundo de ahí fuera y le fastidia pensar que mis cuentos son fruto de la fantasía. Podría preguntarle a abuelo, a mis hermanitas, a mi tía, lo que pasa es que abuelo con sus ideas absurdas le pone los nervios de punta, mis hermanitas son demasiado caóticas e imprecisas, y mi tía nunca cuenta nada, ocupada como está en estudiar a Leibniz. Mejor dicho, ocupada no es la palabra, porque busca trabajo desesperadamente. Viaja con frecuencia para hacer oposiciones pero nunca las gana. Y eso que es buenísima y en la universidad siempre le dan becas de estudios para escribir sobre Leibniz y dictar conferencias en todo el mundo. Pero en cuanto se le termina el dinero de las becas de estudios, a sus casi cuarenta años, quien tiene que mantenerla es abuelo. Los estudios de mi tía se refieren al aspecto irracional del pensamiento de Leibniz que, por otra parte, es racional a tope. Mi tía ha participado en conferencias y seminarios y a nosotros nos resulta curioso que tantas personas tomen aviones, trenes y barcos para ir al fin del mundo a oír hablar del gran filósofo alemán. Sobre todo nos quedamos de piedra cuando se fue a Tel Aviv, donde está el principal especialista vivo en Leibniz. Los filósofos palestinos debían pasar por un verdadero calvario de cacheos y humillaciones para que los admitieran al seminario, y los filósofos israelíes superaban el miedo a saltar por los aires, con todos esos *kamikazes* potenciales presentes en la sala. Pero se pasaron meses disertando sobre Leibniz y su *mejor mundo posible* y sobre el *mal como no-ser* sin que nada ocurriera, y mi tía siempre regresó sana y salva, con una beca de estudios para seguir

escribiendo, pero no con un trabajo de verdad.

En ocasiones también vuelve con un novio, filósofo, faltaría más, aunque unas veces es israelí y otras, palestino. Nosotros a estos novios no los entendemos, porque con mi tía hablan en árabe o en hebreo. Con el resto de la familia se expresan en inglés, aunque el único que participa de veras es abuelo, porque a nosotras no se nos dan demasiado bien los idiomas extranjeros. Así que a los novios árabes aprendimos a preguntarles: «Kaifa haluk?». Y ellos a nosotras: «Ana bijair». En cambio, con los israelíes nos saludamos con un «shalom» y los entendemos cuando se dirigen a mamá con un «jazák!» y dicen que abuelo es «tsadik». Y para de contar.

Mamá tampoco tiene trabajo, porque se casó con mi padre en cuanto terminó el bachillerato, después nos tuvo a nosotras, sus hijas, pero sobre todo porque éramos tan ricos que su dinero realmente no nos hacía falta. Cuando llegaron los tiempos duros, enfermó. Una enfermedad rara que los médicos atribuyen a un problema en las vértebras y la obliga a guardar cama la mayor parte del día. Abuelo consuela a sus hijas diciéndoles que el dinero no nos hace falta, total, vivimos en un lugar maravilloso, en el fondo tenemos todo lo necesario, y muchos darían millones por vivir aquí.

En cambio, la abuela Elena no lo veía así, para ella, esto era el quinto pino, y cada vez que mi tía volvía de un viaje, hablaba del éxito que habían tenido sus teorías sobre el pensamiento irracional de Leibniz y contaba que, a pesar de todo, no le habían dado trabajo sino otra beca de estudios, abuela se encerraba en su dormitorio a llorar. Cuando mi hermanita empezó a pronunciar te por ce, decía que teníamos todos los números para que las niñas hablaran bien, y no había manera. Le estaba encima, «ca», y la niña, «ta», y la abuela Elena «¡casa!», y la niña, «¡tasa!», y abuela, «¡cama!», y la niña, «¡tama!». Entonces, se retiraba a su dormitorio a llorar, porque después de la fuga de mi padre, nosotros llevábamos la maldición encima y ya nada salía como era debido.

6

El hijo mayor de los vecinos

El hijo de los vecinos es trompetista de jazz en París; en su casa habrían preferido que la música fuera un pasatiempo y no un verdadero trabajo. Cuando vuelve, todo son peleas. Una vez, en invierno, madame estaba presente mientras él discutía con sus padres, que despreciaban con palabras duras el jazz y a él mismo, menos mal que ella algo se olió y fue tras él cuando salió de casa dando un portazo, porque se tiró al mar con la cazadora y los zapatos puestos. Se lo llevó a casa y lo secó con el secador de pelo. Los vecinos le piden a madame que rece por este hijo destinado a terminar viviendo como un vagabundo, drogado y alcoholizado, bajo los puentes del Sena, y ella dice que sí, que rezará, pero el chico es abstemio y madame sabe que ni siquiera se ha liado nunca un porro.

Naturalmente, sus padres no le compraron la trompeta, se la compró madame.

Ese día, el hijo de los vecinos hizo novillos en la escuela y esperó durante horas a que madame llegara con la Ferrarina a la entrada de la carretera estatal. Yo también falté a la escuela y me fui con él. Pese a las advertencias de madame para que cuidara de mí, puesto que yo era una niña y mi familia no quería que fuese hasta la carretera estatal sin la compañía de un adulto, él iba corriendo delante y yo, detrás. Durante todas esas horas de espera, escondidos en el monte, porque pobre de él si sus padres o su abuela hubiesen descubierto que para comprar la trompeta había faltado a la escuela, no dijo ni palabra y con los dedos tamborileaba sobre una piedra fragmentos musicales que mascullaba con la boca cerrada. Al llegar la Ferrarina, se abalanzó sobre ella, loco de felicidad, y de no haber sido por madame, me habría dejado allí abandonada. Cuando volvió de Cagliari con la trompeta, como sus padres le habían advertido ya que en casa no podía tocar ni soñando, madame le ofreció una habitación que dejaba siempre libre para cuando hacía mal tiempo, y ahora que él se ha ido, es para mí. Sólo tiene una silla y una cama, porque a madame no le gustan los cachivaches y llama cachivaches hasta a la plata. Eso sí, es una habitación preciosa. Está en la planta de arriba. Inundada de luz. Por la ventana, en el horizonte, el mar se confunde a menudo con el cielo, y cuando pasan los barcos, parece como si viajaran suspendidos, mágicos, tras los cristales.

Madame no ha tenido hijos, ni maridos, ni uniones de hecho, sólo un montón de amantes, que después acabaron casándose con otras mujeres, con las que viven como nunca quisieron hacer con madame. Eso sí, ella no les guarda rencor. Al contrario. Dice que, seguramente, estos amantes habrán tenido sus motivos, la cosa es que aunque se pase día y noche pensándolo, no logra explicarse por qué nadie se enamora de ella. En cambio, para la abuela de los vecinos hay una explicación, madame es grande y tonta^[2] y todos esos amantes «pera cruda, pera cocida, tú en tu casa y yo en

la mía^[3]» no merecen siquiera que una mujer los tenga en cuenta.

A la abuela los vecinos le dicen que en París su nieto estudia en la universidad, eso es porque a los viejos no hay que darles preocupaciones. Así que cuando ella pregunta, ellos se ponen enseguida a contar unas trolas increíbles. El otro día, en un momento dado, la abuela dijo: «Debo reprocharos una cosa, algo que me ha hecho verdadero daño». Todos se quedaron petrificados porque pensaron que se había enterado de que el nieto no está en la Sorbona, sino por ahí tocando jazz, y les estaba reprochando no haberla considerado digna de confianza y sinceridad.

Silencio. Después, la abuela concluyó: «¡La última vez que vino, me di cuenta de que vuestro hijo no tenía pañuelos para sonarse la nariz! ¿Cómo es posible que no se lo recordéis cuando se marcha? Seguro que se limpiará con la manga. ¡En París!».

7

Los cibernautas

Madame conoció a su amante porque se lo presentó su ex mujer, que era profesora del curso de francés en la ciudad. Aunque ella es amable, madame le tenía miedo, como a cualquier profesor del mundo. Además de amable, la ex mujer está abierta a la amistad y se le ha metido en la cabeza que puede mejorarle la vida a madame. Ella fue quien le presentó a su ex marido, del que no siente ni pizca de celos. Al contrario.

Muchas veces, los huéspedes del hotel de madame son cibernautas que la ex mujer del amante conoce en los chats. Aunque a veces suele venir también sin acompañantes, sólo para visitar a madame, hablar de sueños de felicidad y contarle que ella chatea porque aquí, en Cerdeña, no hay hombres, vayas donde vayas, sólo encuentras mujeres, porque la nuestra es una sociedad matriarcal. Dice que desde que se separó ningún tipo de aquí la invita a nada, por eso contacta con los hombres en el ciberespacio.

Cuando los cibernautas se sienten infelices porque la historia con la ex mujer del amante no funciona, les importa un pito la playa blanca y desierta, las islitas de rocas brillando al sol, el mar color zafiro, los huevos frescos del día puestos por la legión de esposas de Niki Niki, los tomates de verdad, los limones de los que te puedes comer hasta la piel porque son naturales. Se agarran al teléfono para adelantar el vuelo de regreso. A Madame todo esto la hace infeliz y practica sus magias para ver si las cosas mejoran, no digo que pruebe con los catorce dulces sardos, la unión, sino al menos con el siete, el amante, o los tres cubiertos, el placer, y cuando ve que no hay nada que hacer, entonces, deja que los vasos rueden o los cuchillos se crucen. Una vez, un cibernauta triste, que no le había gustado a la ex mujer del amante, no pudo conseguir billete de regreso al Continente antes del lunes, así que se pasó encerrado en su habitación todo el sábado y el domingo; entonces madame espiaba angustiada para ver si al menos filtraba algo de luz por la puerta, pero él había cerrado los postigos a cal y canto.

Por el contrario, si la historia con la cibernauta sarda va bien, entonces esto se convierte de veras en un lugar distinto. Mágico.

Después, impepinablemente, llega el día en que la ex mujer del amante viene sola a visitar a madame, dice que todo ha terminado, que hay que arremangarse y encontrar a algún otro. ¿Qué tal si madame también pone manos a la obra? ¿Qué tal si van juntas a jugar al golf? ¿Qué tal si se inscriben en un curso de bailes latinoamericanos? ¿Qué tal si van a la pista a montar a caballo? Madame sabe montar de maravilla, pero paseando por el monte con Amélie seguro que no conocerá nunca

a nadie, se quedará siempre ahí pensando en su amante, el ex marido que ella le presentó con la intención de hacer el bien. Y ya ves tú. ¿Qué tal si se pone chatear ella también? ¿Qué tal si vende las tierras, se hace rica, se viste bien y se hace unos buenos viajes? Madame se parte de risa, quiere mucho a la ex mujer del amante, pero ni se le pasa por la cabeza hacer todas esas cosas; con tal de no hacerlas, prefiere seguir siendo pobre y solterona.

Cuando la ex mujer del amante tiene que venir, madame avisa a sus amigos de Senegal, Paquistán y Marruecos, que en verano pasan por su casa a recuperar fuerzas y a hacer una pausa en el duro trabajo de la venta ambulante en la playa. Madame sirve de comer y de beber, la ex mujer del amante compra y se va contenta con collares nuevos, pulseras, bolsos, vestidos.

La ex mujer del amante corteja un poco a abuelo. Dice que es fascinante, que a las mujeres de su edad les van bien los hombres mucho más jóvenes o mucho más viejos, porque con los de su misma edad no conecta. Pero abuelo va a casa de madame cuando su amiga se ha ido, y dice que a él, la gente que se cree que comprando cuatro chorradas se limpia la conciencia con el Tercer Mundo, le da asco, que no sólo no se comprometería nunca con la ex mujer del amante de madame sino que no la querría ni como vecina de nicho en el cementerio.

Madame le dice a abuelo que, a pesar de todo, la ex mujer de su amante es hermosa y se parece a Nicole Kidman, con la diferencia de que es más vieja. Entonces él le contesta que, sinceramente, sí, es cierto, por parte de madre. En el sentido de que su madre es Nicole Kidman y su padre, un gorrino. Según él, la ex mujer del amante sería un cruce entre la hermosa actriz y un cerdito. Además, a abuelo el cabello rubio y rizado le da asco. Le gusta rubio y lacio, como el mío y el de otras mujeres de la familia, o negro y rizado, como el de madame.

Una vez que madame quiso ser amada, admirada y afortunada como La Alegría, se fue a Cagliari a que le alisara el pelo un peluquero buenísimo, y cada vez que abuelo la veía, se le reía en la cara y le decía que parecía un ratón después de darse un baño en aceite.

8

El fantasma

En el hotel de madame hay un fantasma que la persigue por toda la casa carcajeándose y susurrándole de forma perversa que, total a ella no la querrá nunca nadie, que después de habérsela follado, los hombres ni se acuerdan de ella, porque los seres humanos aman a los ganadores, no a los perdedores como ella, que podría vender las tierras y la casa y hacerse rica, pero ella no quiere saber nada. Cuando se sienta en una silla sola en su habitación, porque a lo mejor en la cocina están los huéspedes, y se pone el plato de sopa en el regazo, el fantasma empieza a darle sopapos en la cabeza, le hace derramar la sopa y que lo ensucie todo, entonces madame se pone a limpiar el suelo llorando a lágrima viva; el fantasma no se lo puede creer, entonces empieza a patearla, le tira del pelo, le baja la cabeza y la obliga a lamer la sopa del suelo. A veces le hace cosas peores; mientras madame mete el pan en el horno, la distrae y ella se quema, y aunque no te creas estos cuentos de fantasmas, las señales están ahí, porque por culpa de los atropellos del fantasma, madame anda siempre maltrecha, llena de cardenales y quemaduras.

Pietrino también ve cosas que los demás no ven. Grita como un disco rayado «¡Mamaaaá mamaaaá mamaaaá papaaaá papaaaá papaaaá!» y en su casa, una de dos, o no están, o siguen con sus cosas, para ellos es normal que un niño se pase toda su niñez llamando sin que nadie le conteste. Madame dice que no saben lo que se pierden, porque Pietrino es un niño muy interesante. Genial. Con una tabla de madera se construyó una pequeña balsa, sostenida por cuatro salvavidas a los lados, una canoa pequeña en el medio, una vela hecha con una sábana vieja; la balsa flota y el niño siempre sabe qué viento soplará.

Una vez, cuando todavía no tenía la balsa, atrapó un pez enorme en el agua baja, y cuando le preguntaron cómo lo había hecho, contestó que en su casa le dicen siempre que si desea mucho una cosa, basta con ser buenos y pedírsela a Dios. Entonces él le pidió a Dios que aunque fuera una sola vez lo dejara atrapar un pez grande, Dios lo escuchó y se lo mandó donde el agua estaba baja.

Pietrino llora y tiene una tonsura en la cabeza, porque se arranca el pelo de la desesperación, ya que se pasa su niñez llamando a quien nunca le contesta. Salvo Dios, claro.

Abuelo se lo lleva con él. «Nosotros, los hombres», dice, porque está hasta el gorro de verse siempre solo entre mujeres. Incluso su mejor amigo, madame, es una mujer. La cuestión es que después, cuando se le presenta la ocasión de hacer amistad con algún otro hombre, sea quien sea, siempre termina cayéndole como una patada en los cojones. El padre de los vecinos, el herido, los cibernautas. En cambio, idolatra al hijo mayor y al hijo menor de los vecinos. Dice que son heroicos oponiéndose a su

modelo familiar y encarnan la diversidad necesaria para que el mundo mantenga el equilibrio. Si fuéramos todos iguales, el mundo se inclinaría sólo hacia un lado y el universo se vería trastornado. Como mi padre, en nuestra familia demasiado respetable. Abuelo lo idolatraba. La abuela Elena también, y cuando mi padre se fue, después de pasarse meses desesperada porque nosotros teníamos todos los números para ser felices y lo que nos había ocurrido no era justo, al final acabó muriéndose de pena. Ella no quería oír hablar siquiera de las diversidades necesarias para el equilibrio del mundo, al contrario, si abuelo intentaba consolarla con esta filosofía, se desesperaba todavía más, le daban ataques al corazón y había que llevarla enseguida a urgencias. Además, se había vuelto envidiosa; por ejemplo, envidiaba a la abuela de los vecinos cuando se jactaba de su familia perfecta, de los nueve nietos, uno mejor que el otro (por entonces, el primogénito todavía era pequeño y Pietrino un niño de pecho), a su nuera que la llamaba mamá, los valores sanos en los que creían, mejorando lo presente, naturalmente. Así, la abuela Elena terminó por privarse también de esos pocos cotilleos y se quedaba encerrada en casa con tal de no oír las jactancias de la abuela de los vecinos y, sobre todo, las comparaciones soterradas con nuestra familia, con nuestros valores, con ese yerno jugador que se había borrado del mapa. Ella no tenía más remedio que callarse, porque ya no le quedaba nada. Nada. Abuelo le recordaba que le quedaban sus dos hijas, tres nietas hermosas y aplicadas y, por si no se había dado cuenta, le quedaba también él, su marido. Pero a ella no le entraba en la cabeza. Decía que nos habían hecho magia negra, que alguien nos había echado una maldición, porque nosotros teníamos todos los números para ser felices, mucho más que esa pueblerina bruta, ese piojo resucitado^[4] de la abuela de los vecinos que hacía ruido al tomar la sopa y que, de no haberse casado con quien se había casado, que en paz descansa, seguiría siendo una muerta de hambre, y si no hubiese tenido el hijo que había tenido, serio, trabajador, hombre piadoso que, al morir su padre había tomado las riendas de la empresa de construcción abandonando a conciencia el loco sueño de la construcción ecológica, en fin, que si no hubiese sido por todo eso, a ver si iba a tener de qué jactarse.

9

El segundo amante de madame

Abuelo le tiene una aversión especial al segundo amante de madame, que no le es fiel, siempre ha quedado con alguien si es ella quien lo invita y no es él quien decide. La cuestión es que su proyecto de vida es casarse con una mujer joven, hermosa, con la que tener hijos y formar una familia. Mientras tanto, hace el amor con muchas mujeres, entre las cuales está madame, y la tranquiliza diciendo que usa preservativos de una marca excelente. Madame lo quiere, lo defiende y lo admira mucho por su capacidad de vivir mientras llega ese día, y piensa que el segundo amante trae buena suerte. Cuando compra sábanas nuevas para las camas, le pide a él que haga alguna magia: el segundo amante tiene que revolcarse sobre los colchones para augurar relaciones sexuales felices a quien duerma en ellos. Naturalmente, después, el segundo amante agarra a madame y se revuelcan juntos. Tiene los horarios cambiados respecto a ella; cuando madame desayuna, el segundo amante acaba de irse a dormir. Siempre está contento con todo, con la belleza de los lugares, con la comida, con las camisas que huelen a limpio, con los libros que por las noches lo esperan en la mesilla, con los partidos de fútbol sala. Si los demás jugadores no se presentan, se las arregla solo y es feliz igual, practica tiros a la portería por su cuenta y se divierte un montón. Abuelo dice que hay una cosa que no entiende, si el segundo amante hace todo solo y es tan feliz, ¿por qué siempre va buscando mujeres? ¿Por qué no se hace una paja?

La cuestión es que abuelo no soporta que el segundo amante invite a madame en el último momento, y si la invita con tiempo y le surge algo mejor que hacer, la vuelve a llamar con voz afligida y le cuenta una serie de contratiempos increíbles, averías del coche, amigos que le piden ayuda, instalaciones que explotan, tubos que pierden, casas inundadas, cacerolas que se prenden fuego, abuelo dice que el día menos pensado dirá que lo secuestraron los extraterrestres. Tal como están las cosas, madame hace lo mismo con el segundo amante. Si tiene una cita con él y, mientras tanto, la llama por teléfono el primer amante, se inventa unas historias increíbles. Ella le justifica todas las mentiras al segundo amante. Él tiene derecho a llevar a cabo su proyecto, es justo que madame haga de suplente, que la busque cuando la mujer joven y hermosa no está, y si el segundo amante le dijera la verdad, es decir, justamente eso mismo, ¿no sería peor? ¿No desaparecería toda la magia? Y lo que queda, ¿no sería entonces nada más que un espanto?

Además, el segundo amante también sufre, porque estas mujeres jóvenes y hermosas a veces se comportan mal. Hubo una, no hermosa, sino hermosísima, que una vez aceptó salir con él a pasear en coche por la costa y se llevó a un amigo. Ella iba sentada delante, al lado del segundo amante, que conducía, y por gastar una

broma se levantó la camiseta y le preguntó a los dos hombres si les gustaban sus tetas talla noventa. Como el de atrás no se las veía, para poder contestarle, empezó a tocárselas y a estrujarle los pezones; el segundo amante se puso cachondo a más no poder, pero también muy triste. Paró el coche en un lugar apartado. La chica bajó el asiento y el muchacho se la benefició primero, porque ella quiso que el más viejo mirara y se masturbara. Pero el segundo amante no consiguió hacer nada, porque la excitación había desaparecido, y en lugar de mirar y gozar, se bajó del coche y vomitó.

10

Las alas de mi padre

Desde que mi padre se fue, mamá no sabe que él se murió y se me apareció con alas, y a la pobre le ha dado una enfermedad rara en la espalda que la hace sentir cansada todo el rato. Abuelo le puso la cama cerca de la ventana en el cuarto más luminoso y panorámico. Una vez lo vi sentado a la mesa de la cocina, lloraba agarrándose la cabeza con las manos.

Mamá no le perdona a abuelo que no odie a mi padre por lo que hizo. Que sienta predilección por todas las cosas y las personas raras. A abuelo no le preocupó nuestra vergüenza, nuestra repentina pobreza, el hecho de que viniéramos a parar aquí, a la frontera con el mundo civilizado. Él casi parece contento con la novedad. Se aburría de vivir bien.

Abuelo dice, pero con alegría, como si hablara de cualquier otra cosa, que a él le gustan los cambios, que le gustaría morir porque seguir viviendo sería acumular repeticiones. Una pesadez. Entonces madame y yo nos enfadamos, porque si abuelo se muere, queremos morirnos nosotras también, y madame dice que si alguien tiene que morir, es ella. Nadie la quiere y no vende las tierras. Pero abuelo la convenció de que tiene que vivir, pase lo que pase. Por un motivo bien simple. Pese a la edad, madame es como yo, una muchachita de catorce años que todavía no ha vivido experiencias de las que muchos ya están hartos. Una bella historia de amor, por ejemplo. Una convivencia. Un matrimonio, por qué excluir esa posibilidad. Un viaje. Un título obtenido como alumna libre, sin ir a la escuela. Abuelo dice que madame es «el hombre nuevo», el único ser humano que podrá sobrevivir a la catástrofe en curso, porque sabe distinguir lo insignificante de lo que es verdaderamente importante en la vida. Madame tiene que salvar estas tierras de quienes quisieran construir en ellas urbanizaciones turísticas, gente que sólo es capaz de apreciar el dinero. Y las salvará sin violencia. Con su gentil determinación. Porque ésta es el arma del futuro. Y el futuro es de madame.

Ella se siente orgullosa de ser ese «hombre del futuro», pero entonces, abuelo no tiene que morir. Sin abuelo, ella es incapaz de ser el hombre nuevo.

11

La Ville lumière

Nada más ante la idea de viajar a París, madame ya se siente más refinada, y en el curso de francés aprendió a pronunciar guturalmente la erre. Dice que París, después de este lugar nuestro, será, sin lugar a dudas, el lugar que más le gustará en el mundo. A lo mejor me lleva a mí también.

Iba a la ciudad dos veces por semana, a tomar clases de francés, pero madame nunca ha tolerado las escuelas. Le dan agobio. No se acuerda de nada aunque haya estudiado, y antes de entrar, le tiemblan las rodillas y el corazón le retumba en el pecho. Para animarse, tomaba el autobús al amanecer, con nosotros, los estudiantes, porque le habría resultado imposible conducir con tanto tembleque. Cuando llegaba el momento de subirse, se daba la vuelta y, al borde de las lágrimas, decía: «mi casa».

Muchas veces abuelo nos acompañaba hasta la parada; la animaba hasta el final con sus salidas; para tomarle el pelo, le recitaba los famosos versos de Rilke:

*«¿Quién nos dio pues la vuelta, de tal modo
que, hagamos lo que hagamos, estamos en la actitud
del que se marcha? Como aquel que,
en la última colina que le muestra una vez más
todo su valle, se da la vuelta, se detiene, permanece así un rato,
así vivimos siempre, despidiéndonos».*

Una buena mañana, mientras, presa del pánico, subía al autobús, abuelo tiró de ella y la bajó:

—¡Joder, basta ya con esta gilipollez de la madame francesa!

A partir de ese día, puesto que madame es amiga de un montón de muchachos senegaleses que hablan muy bien francés, el dinero de las clases se lo da a uno de ellos, Abdou, y asiste a la única escuela que, según abuelo, resulta adecuada para estudiantes difíciles, la escuela itinerante, al aire libre, *avec joie, en plein soleil*, con el ruido del mar haciendo de fondo al verbo ser, *Je suis, Tu es, Il, Elle est*. Desde la carretera estatal, madame y el nuevo profesor enfilan el camino de herradura que lleva a la playa y van nombrando las cosas en francés. El camino de herradura está trazado en la roca de granito, a tramos cubierto de *terre et pierres*, redondas y afiladas, *rouges, noires, oranges*, todas juntas, mezcladas, parecen un camino rosado en cuyo centro crecen los asfódelos, y en las orillas, la jara y el lentisco, que en otoño se llena de bayas rojas, y los enebros, siempre hay uno fuerte, poderoso, rodeado de muchos otros más bajos, cargados de bayas *violettes*. Aquí y allá los *oliviers*, con ese bonito *vert argent*. Abdou también está contento y se nota que le da clases a madame

con gusto y no sólo por el dinero. Le contó que él siempre tiene tantas preocupaciones que nunca se había dado cuenta de haber llegado a un lugar *fabuleux*, que lamenta no saber las palabras que madame busca. Porque jamás había pensado en el mar que cambia de color según las estaciones y cuando hay sol, parece como pintado de un tono turquesa al que le hubiesen añadido una pizca de verde, pero allá a lo lejos, es de color zafiro, y más lejos aún, es azul noche, mientras que alrededor de las rocas más bajas es celeste bebé. Tampoco en las rocas de las islas de Serpentara y Varaglioni, que brillan en esta inmensidad de azules, y cuando sopla el siroco, se vuelven color ceniza y la islita destaca entre las nubes. Tampoco en las olas, que cuando cubren las piedras de la playa y las arrastra la resaca son lo único que se oye en este gran *silence*, o bien se estrellan con tal fuerza que lo envuelven todo en su vapor, un gigantesco aerosol natural, a lo mejor por eso el monte deja paso a los campos de hierba verde y decimos que nos vamos a Irlanda. Tampoco en nosotros, que a menudo jugamos a entrecerrar los ojos para construir un marco y salen distintas fotos del Mediterráneo, y si hay suerte, de los delfines que saltan y están contentos por nada en particular, sólo por el hecho de saltar.

Con tanta humillación, el hambre y la *nostalgie*, jamás había pensado en estas cosas, dice Abdou. Los árboles, por ejemplo, no eran más que algo verde que da frutos.

Según la abuela de los vecinos no está bien que madame se pasee por ahí con este negrito^[5] y cuando ella y el nuevo profe van a saludar a los vecinos, ellos nunca los invitan a entrar en su casa, se quedan charlando en la puerta, corteses y afables, pero nunca se les ocurre decir: «¡Pasad!» u «¿Os apetece tomar algo?».

12

La felicidad de los vecinos

Una vez madame se sinceró con la mamá de los vecinos y le contó que quiere morirse porque se siente infeliz e inútil. La señora la consoló diciéndole que en este mundo nadie es inútil, ni siquiera el animal más repugnante, y cuando a ella le da por sentir lo mismo, piensa en San Pablo cuando dice: «Señor, tenme en este mundo hasta que consideres que sirvo para algo».

Mientras al Señor le importe, quiere decir que hay motivo. Además, no estamos en este mundo para ser felices, sino por un motivo que sólo Dios sabe. Hay que vivir y nada más, aceptar lo que venga. Empecinarse en ser felices es signo de soberbia e ingratitud.

Yo también le rezo a menudo a mi padre para que me venga a buscar y me lleve allá arriba donde él está. A veces estoy tan cansada de mis preocupaciones, del miedo a todas las cosas feas que todavía pueden ocurrir, que pienso en las palabras de la mamá de los vecinos, y sobre todo, en las de San Pablo, entonces me arrepiento enseguida y me convenzo de que si mi padre no viene a buscarme es porque aquí soy útil.

En cambio, abuelo a los vecinos no los puede ni ver. Por tener tantos hijos y ocuparse de ellos en general y no en particular. Por pasarse todo el santo día diciendo «¡reza una oración!». Por la forma en que los padres se toman de la mano delante de la gente. Si tanto se quieren, ¿por qué no se lo guardan para ellos? Por la Misa de los domingos, a la que no se falta nunca aunque en casa haya alguien con cuarenta de fiebre, de lo contrario, te vas al infierno, la mitad de la familia va en el coche de mamaíta y la otra mitad, en el de papaíto.

—Fijaos cómo nos ama Dios. Es porque somos buenos.

Los vecinos caen bien a todos menos a abuelo. Le dan asco, según él sólo se salvan el músico de jazz y Pietrino porque, a su manera, son unos verdaderos héroes.

Pensándolo bien, a mí tampoco me gustaría ser hija de los vecinos, sobre todo por la comida y la ropa. Por ejemplo, le tengo mucho miedo a los tomates, ni siquiera en este diario consigo explicar por qué. En casa van con cuidado, nadie come nunca un tomate en mi presencia, madame tampoco, a pesar de que son su obra maestra, los guarda en una cesta siempre tapada de la que me mantengo bien lejos.

A mi hermanita pequeña le da repelús encontrar trozos de verduras en la sopa, así que a ella le preparan puré. Mi tía tiene que estudiar a Leibniz y *el mejor mundo posible*, así que nunca le da tiempo a echar una mano en casa, pero hacemos la vista gorda. En la familia de los vecinos, en cambio, cada cual tiene deberes bien definidos, un puesto en el ejército, y en cuanto a la comida, si hay pasta, hay pasta, y si a alguien no le gusta, paciencia, no come.

Pietrino no tolera la leche y no hay mañana de su vida todavía breve en la que no le pongan delante su café con leche con sus galletas. Entonces él se queda mirando la taza llena hasta el borde.

—¿Por qué no te tomas la leche?

—Es que está muy honda.

Jamás de los jamases le preparan un té. A Pietrino le gusta el té con pan y cuando viene a jugar con mi hermanita, se da verdaderos atracones. Nosotras miramos para otro lado, porque el té con pan nos resulta vomitivo, pero se lo ofrecemos igual. Se lo conté a la mamá de los vecinos y ella me contestó: «¿De veras?». Pero en los días siguientes al niño le plantificaron delante la taza de siempre, llena hasta el borde de leche, con sus galletas.

Con la ropa, tres cuartos de lo mismo. Claro que con nueve hijos, me viene a la cabeza que el nueve es el número de la soledad, no se los puede llevar a la ciudad a que elijan qué ponerse, pero aunque sólo sea una vez, de dos en dos, como las estaciones son cuatro, al menos ocho de ellos podrían elegir una vez al año, teniendo en cuenta que el trompetista de jazz vive en París y, de todos modos, ése no piensa en la ropa, solamente en las partituras y los CD.

En cambio, en mi familia, a nosotras, las mujeres, nos dan berrinches, pero como hay poco dinero, cuando nos quejamos demasiado porque no nos gustan los zapatos o un vestido, entonces, abuelo los tira a la basura, así aprendemos la teoría del esto es mejor que nada.

De todas maneras, yo ahora lo tengo solucionado, porque la ropa me la cose madame que, con tal de no ir a la escuela, entre sus muchos oficios hizo también de modista. En los armarios de madame, su bisabuela, su abuela y su mamá dejaron pilas de mantas, alforjas, alfombras, toallas, cubrecamas tejidos en telar, que ninguno de los hijos quiso y con los que madame cose vestidos para ella, para mí y, cuando se le termina el dinero de las becas, también para mi tía.

Con las alforjas hace vestidos tubo, elegantes si llevan aplicaciones de terciopelo o seda y lazos; para la estación fría, si la urdimbre y la trama son de lana, y para el verano, si son de lino o algodón. Con las mantas hace sobretodos y abrigos. Preciosos los de dibujo geométrico continuado o en zigzag o de espiguilla. El problema son los colores, violeta, rojo, celeste, verde, que en mi opinión no son los más adecuados para prendas de invierno. Mejor cuando se trata de telas de un solo color, granuladas^[6].

Abuelo dice que los modelos de madame parecen de muñeca, de muñeca soviética encontrada entre los escombros después de la batalla de Stalingrado. Pero al menos no somos vulgares. Ya no se puede aguantar a toda esa gente que compra, compra y compra porque en la vida no tiene otros placeres; la mejor revolución sería dejar de comprar y hacernos toda la ropa con sábanas y manteles viejos.

Fue tal el entusiasmo de abuelo que madame se animó y, con trocitos de tela sobrados de nuestros vestidos le hizo unas babuchas y un bonito pijama a rayas con un paño viejo para el pan. A abuelo le gustaron mucho y cuando vuelve a casa dice:

—Ahora me pongo cómodo con mis pantuflas de payaso y mi pijama de deportado.

13

El hotel de madame

En la casa de madame no puede haber más de ocho huéspedes, y ahora que el verano se acaba, sólo está el herido.

En la playa pequeña rodeada de rocas, tomaba el sol el herido. Madame lo había llevado como siempre, en la calesa tirada por Amélie, lo había ayudado a sentarse en la silla de brazos, debajo de la pierna escayolada le había puesto un taburete que hundía un poco en la arena para que él estuviera cómodo. Después, no sé por qué se comportó de ese modo, se quitó el sostén y empezó a embadurnar con crema protectora los hombros del herido, blanco como la leche, la pierna sin escayola hasta la ingle, el tórax, el cuello. Tan pegada a él estaba que parecía que quisiera amamantarlo con sus tetas enormes y tan turgentes que parecían llenas de leche. El herido se puso a chuparle primero una teta y después la otra. Enloquecido de hambre. Después, madame se separó de él, y se apartó la braguita del traje de baño para enseñarle sus partes, que el herido empezó a acariciarle con la mano sana y, siempre con el mismo brazo, la atrajo hacia él haciéndola sentar sobre su regazo. Madame se movía encima de él y seguía amamantándolo hasta que gritaron. Después, madame se tendió a sus pies y el herido le acarició tiernamente la cabeza como a una niña.

Yo sólo oía el ruido del mar y de mi respiración, y me preguntaba cómo es posible que el herido no quiera a madame y en cambio quiera tanto a La Alegría.

14

La familia de madame

Madame dice que es el residuo, el desecho, la escoria, en cualquier caso, la última hija de una familia numerosa, ordenada, seria y muy rica. Sus hermanos y hermanas estudiaron con éxito, se casaron igualmente con éxito, y según madame, pueden ir por la vida con la cabeza alta. Cuando de pequeños jugaban al escondite, nadie la encontraba nunca, ella ganaba siempre porque se escondía en los cubos de la basura, o donde habían cagado los animales, o cerca de las avispas, en fin, en los lugares donde nadie hubiera tenido estómago para buscarla.

Sin embargo, en esos lugares asquerosos se sentía mejor que en la escuela. Le tenía miedo a su maestra, por la noche soñaba que estaba en un campo lleno de maestras que le hacían preguntas y la humillaban obligándola a lamer la tierra, le ponían esposas en las muñecas y los tobillos para que no se defendiera, mientras la pateaban y la quemaban con fósforos, le gritaban «loca» y «bruja» porque se habían enterado de que creía en la magia. Camino del colegio se paraba muchas veces y, desconsolada, se sentaba en la acera, con la cartera en el regazo, los cuadernos llenos de deberes sin terminar, donde su maestra le iba a poner la «V» de «Visto» entre signos de interrogación a los que madame no conseguía dar respuesta. De jovencita, el problema de la escuela se había agravado, luego se le sumó el de los novios, que salían con ella, la dejaban y más tarde ella se los encontraba abrazados a otras y hacían como que no la veían. A eso tampoco conseguía dar respuesta. Después, toda su vida había sido igual, con la escuela, con los hombres, un signo de interrogación. Con la diferencia de que en vez de tocarle en herencia un cubo de basura y estiércol, a madame le tocó este sitio color lapislázuli, con olor a mar y enebro, donde vino a esconderse. Sus hermanos y hermanas vendieron sus tierras a los constructores de urbanizaciones turísticas y esperaban que ella hiciera lo mismo.

En cambio, madame, que no tenía títulos de estudio, se vino para la costa a trabajar en los hoteles, donde aprendió a limpiar y ordenar las habitaciones, servir las mesas, cocinar, coser, pero también a nadar para salvar a los turistas, montar a caballo, hacer de guía por esos senderos que llevan a lugares apartados y menos accesibles. Los vecinos supieron por los constructores que cuando trabajaba en los hoteles también ejercía de puta, no por dinero, sino simplemente se entregaba a todos, de la manera que a ellos les apetecía. Un día yo lo comenté en casa, abuelo me pegó una bofetada y dijo que madame tiene su manera de derrotar a la muerte, pero que eso es algo demasiado difícil de entender para quien no está a su altura.

Ahora ya va para siete años que se mudó aquí. Con abuelo ya se conocían porque los dos venían a vigilar las tierras. Abuelo nos hablaba de una mujer hermosísima y salvaje, de cabello largo, moreno y rizado, cuerpo de Venus o Diana, con ojos

relucientes de tono amarillo, como de tigre que no quiere comerse a nadie, pero loca, porque prefería trabajar de sirvienta en los hoteles antes que vender sus tierras y hacerse rica. La verdad es que abuelo ha cambiado mucho desde entonces. Ahora ya no dice que madame está loca, tampoco que es hermosa. Al contrario. Si alguno de los huéspedes la corteja, dice que como aquí no hay nada de nada, sólo mar, monte, cielo y rocas, los huéspedes consideran mujer hasta a madame. Y cuando habla por él mismo, dice que es «su mejor amigo» aludiendo al hecho de que para él no es una mujer. Además, para abuelo madame no es madame, sino *sa tzia*, que quiere decir «la tía», lo que pasa es que en nuestra tierra, cuando alguien, sobre todo un hombre, te llama *sa tzia* sin ser de tu misma sangre, quiere decir que para ese hombre no eres ninguna tentación sexual.

Durante una cena en casa de madame para que conociéramos mejor al herido, como de costumbre, abuelo le tomó el pelo llamándola *sa tzia*. Después, cuando apareció mi tía, empezó una discusión sobre religión, y abuelo dijo que allí la única creyente, al no estar ni mamá, ni ninguno de los vecinos, era madame y le pidió que explicara por qué cree. Madame se alegró ante semejante muestra de consideración y se puso a decir que a ella no le importa que Jesús sea o no Dios, ella lo quiere igual, leyó los Evangelios con atención y cree que tiene razón en todo. Además, a propósito de Dios Padre, piensa que hizo un mundo perfecto, maravilloso, pero que después se fue. Más que irse, a lo mejor está en todas partes.

—¡Pero eso es Leibniz! ¡No es el pensamiento cristiano! —la apremiaban.

—¡Hereje, que eres una hereje!

—¿Sabes cuántos con tus mismas ideas acabaron en la hoguera?

—¡Eres panteísta, animista, no cristiana!

Mi tía y abuelo nunca están de acuerdo en nada, salvo cuando tienen que aliarse contra alguien para machacarlo ferozmente a fuerza de filosofía. Madame estaba a punto de echarse a llorar y se veía que sufría por no poder defender su religión. El herido se escandalizó y le dijo a abuelo que se estaba comportando con madame de una forma detestable. Abuelo le dijo que diera gracias por estar herido y tener escayolados un brazo y una pierna, que si no ya le habría enseñado él, allá fuera en el patio, a no joder la marrana. Después de eso no quiso volver a ver al herido y dice que si en los alrededores hay algún tonto del culo, seguro que a madame le gusta, y después se pregunta por qué le va tan mal en cuestión de amores. Amores. Los llama amores. *Sa tzia*.

En fin, que al día siguiente, madame fue a casa de los vecinos y le contó a la mamá lo del discurso y se tranquilizó al escuchar cosas muy simples sobre Dios, especialmente sobre Su perdón cuando nos equivocamos de buena fe. Pero la mamá de los vecinos le explicó que justamente lo que parece más simple, en realidad es difícilísimo de entender de veras, hay que creérselo y nada más.

15

La Suerte

Ojalá mi padre me dijera qué está bien y qué está mal, aunque para mí que no lo sabe, ni siquiera ahora que está allá arriba. Estaba embrujado por la Suerte. Decía que era una verdadera rueda que, tarde o temprano, acaba girando. Basta con aguantar. En el fondo, a él el dinero le importaba un pito, tanto es así que si alguien perdía con él en el juego y se metía en líos, después, cuando se lo encontraba por la calle, era mi padre quien cambiaba de acera para no ponerlo en un compromiso, y no el deudor. Esta obsesión con la Suerte la tenía con todas las cosas de la vida. Decía que los suicidas hacen mal en no esperar, porque total, la rueda acabará girando otra vez a su favor. A propósito de mi tía, que entonces ya buscaba trabajo sin encontrarlo, estaba seguro de que, tarde o temprano, Leibniz le traería suerte, y que para ella también era cuestión de que esperara a que la rueda volviera a girar. Para saldar las deudas de juego de mi padre, y en vista de que no había acreedores que cambiaran de acera para no ponerlo en un compromiso, abuelo vendió las casas y los terrenos. Después, una buena mañana, con el desayuno ya listo, la tarta, los jarros de café y leche servidos, mi padre no vino a la mesa y era porque se había ido.

Entonces entendí que desde muy, muy pequeña llevaba dentro toda esa angustia porque me olía que iba a ocurrir algo feo. Esperaba siempre en cuclillas detrás de la puerta a cualquiera de mi familia que se retrasara en volver, y no comía ni dormía hasta que no estaban todos. Entonces sí que era bonito al menos durante unas horas. Me iba a jugar y a hacer los deberes tranquilamente yo solita. El mundo no se había venido abajo y se disfrutaba del placer de vivir. Mientras estuviéramos todos no se vendría abajo. Porque no soportaba nada las separaciones y me agarraba llorando a las faldas de mamá o de mi tía, o a los pantalones de abuelo o de mi padre, si debían ausentarse mucho tiempo, no por miedo a quedarme sola, sino por el pánico a que les ocurriera algo. Ellos no me entendían y me regañaban:

—Cuando estamos, te vas a tu cuarto, y si te llamamos, no contestas, y después montas estos numeritos en cuanto alguien sale de casa.

En cambio mi padre me tranquilizaba y me aconsejaba pequeños trucos mágicos para que a nadie le ocurriera nada. Cuando el corazón me palpitaba muy fuerte hasta hacerme daño, tenía que concentrarme en el cariño que le tenía a mis seres queridos e imaginar que les estaban ocurriendo muchas cosas bonitas, así se salvarían de los peligros. La fuerza de mi imaginación haría girar la rueda de la Suerte hacia el lado correcto.

Por el pánico que le tengo a los peligros, abuelo me llama doctor Bertolaso, que es el jefe de Protección Civil. Me toma el pelo porque desde pequeña, antes de dormirme, yo preguntaba cómo íbamos a hacer para huir si nuestra casa se quemaba,

y quería saber si estaba bien construida y si no se vendría abajo en caso de terremotos o fugas de gas. Abuelo, y también mi padre, me tranquilizaban diciéndome que en Cerdeña no puede haber terremotos porque la isla es de la era primaria, en cuanto a las fugas de gas, todos teníamos mucho cuidado y cerrábamos bien la bombona.

Según abuelo, una vez que el doctor Bertolaso lo tiene todo planificado, duerme tranquilo, pero yo nunca me siento en paz. Una vez, cuando mi padre ya se había ido de casa, abuelo me sugirió:

—¿Por qué no escribes un diario? Pon todos tus miedos por escrito, ya verás como se irán. Te digo más, ¿por qué no te ejercitas en la invención de algo bonito? Un filósofo dijo que las aventuras más grandes le ocurren al primero que las sabe contar.

Desde ese día llevo un diario y no cuento nunca las cosas como ocurren realmente, sino como espero que ocurran. Con esta solución me he tranquilizado y hasta se me ha curado el estreñimiento, porque cuando era niña me guardaba dentro todos los miedos y a lo mejor se transformaban en mucha, mucha caca que se quedaba atascada, sin poder salir. Desde que empecé a escribir y escribo sobre mis pesadillas, voy al lavabo todos los días.

Mi tía dice que según el gran ensayista y crítico Walter Benjamin, cuando escribo, hago algo importantísimo. En el sentido siguiente. Hace mucho, cuando sólo existía la naturaleza sin el hombre, el mundo estaba en perfecta armonía con Dios, todas las criaturas sabían de forma natural cuál era su propio sentido y hacían lo que debían hacer, por ejemplo, los árboles daban frutos y cosas por el estilo. Entonces apareció el hombre y empezó a poner nombre a las cosas privándolas de ese sentido. Si nosotros llamamos árbol a un árbol, enseguida pensamos únicamente en los frutos, y esto es limitativo. Según mi tía, los escritores como yo salvan a las criaturas de estos límites. El poeta busca las palabras para devolverle al árbol ese sentido perdido.

Entendí de verdad el pensamiento del gran Walter Benjamin cuando tuve una breve historia con un chico de mi colegio.

Me gustaba mucho y yo le caía bien, porque a pesar de que tengo un físico de chica a la que todavía no le ha venido la regla, se había fijado en mí. A la salida del colegio me quedaba con él y tomaba el coche de línea más tarde, la cuestión es que después de los besos y demás, que eran muy bonitos, no sé, como que me aburría y deseaba que no me acompañase hasta que llegara el coche de línea, sino que tuviera cosas que hacer, así podía quedarme sola, sentada en la estación, pensando. Por esto me sentía muy culpable y sufría mucho. Después me vino a la cabeza el filósofo Benjamin y entendí que no podía seguir con ese chico, porque para él, un árbol no era más que un árbol, mientras que yo me pasaba la vida pensando en todas las palabras que había que usar para devolverle su sentido perdido. Jamás se me olvidará la mirada triste y perdida del chico cuando intenté explicarle por qué cortaba con él y su

tristeza era también la mía. Pero no podíamos hacer nada para remediarlo. Para consolarme pensé que, a lo mejor, en algún lugar de la tierra, había un chico que, como yo, buscaba las palabras para devolverle ese sentido al árbol. Pero que sólo una magia, la Suerte, el Dios de los vecinos o las alas de mi padre podían hacer que nos encontráramos.

16

El amor

Al amante de madame ninguno de nosotros lo ha visto nunca, porque por aquí no viene y es ella la que va a la ciudad a visitarlo cuando él la invita. Madame no sabe cuándo le va a llegar la invitación, así que espera a que suene el móvil. Entonces le lleva fruta y verdura, y confía en que, a lo mejor, el amante cocine para ella estas cosas ricas y las disfruten juntos, aunque él nunca le ofrece nada. Ni nunca le regala nada. Madame dice que no tiene importancia. Que él es así. A veces, cuando la comida que lleva madame es mucha, él organiza cenas con parientes y amigos, pero a ella nunca la invita. A lo mejor le da vergüenza presentarla, y madame piensa que, en el fondo, él tiene razón, porque ella es una vieja ignorante que no vale nada.

La ex mujer del amante, en cambio, dice que es un problema de los hombres sardos. No saben cortejar ni ser amables. Hasta los diarios han hablado del hecho de que en Cerdeña, sobre todo en Cagliari, existe la más alta densidad de mujeres solas de Italia, de Europa y tal vez del mundo. La ex mujer del amante dice que el herido sí sabe tratar a una mujer, ¿y por qué? Porque es continental. Dice que la mayor suerte de madame es tenerlo como huésped. Lástima que tenga a La Alegría. Pero La Alegría está lejos y vete a saber cuánto tiempo el herido seguirá herido.

El herido nos cuenta que en el Norte hasta las mujeres de setenta años tienen novio, y que nunca ha visto tantas mujeres solas como aquí. Madame le contó a la abuela de los vecinos que en el Norte todas las viudas tienen novio, y la abuela de los vecinos le contestó que entonces deben de estar locas, o a lo mejor es que el herido conoce sólo viejas locas o yeguas^[7].

Para que su amante la quiera, madame hace magias.

Un día, la abuela de los vecinos fue a una boda y le cayó justo en la cabeza el ramo lanzado por la novia. Llegó con el ramo de flores y se lo regaló a madame. Entonces ella, cuando piensa en sus magias y ve que no dispone de ningún objeto de su amante, cada vez que va a casa de quien espera sea el hombre de su vida, se queda con algo que a lo mejor encuentra en la basura, tiques del supermercado, el tapón de la pasta dentífrica olvidado en el lavabo, un pañuelo de papel caído en el suelo, cosas así. Después, cada una de estas cosas la ata con un cordelito a una flor del ramo, a un pétalo de las rosas de Santa Rita, patrona de los imposibles, que le regaló la mamá de los vecinos, y la esconde en el cajón de la ropa interior, exactamente el tercero de la cómoda, el placer, cerca de la decimocuarta baldosa del suelo, la unión, debajo de la octava braga, la perfección.

Pero las magias no pueden ser siempre tan elaboradas y a largo plazo. Muchas veces madame hace pequeñas magias, que tienen que ver con el segundo amante. Por ejemplo, si él estuvo cenando en casa de madame y le llevó vino, cava o incluso

champán, entonces ella conserva el tapón de la botella, únicamente con el objetivo de que haya otra bonita velada, otra noche de sexo en la que el segundo amante la rociará con cava, la chupará y se emborrachará de ella y la llamará: «Mi puta, sólo mía». Las pequeñas magias, como la del tapón y la botella son justamente las que funcionan.

El segundo amante, en las épocas en las que no está con una jovencita, es asiduo de madame. Se compró en las afueras de Cagliari un apartamento pequeñito en un edificio que todavía no está terminado y muchas veces viene con los planos y le enseña a madame las plazas de parking, los huecos de los ascensores y le explica cómo funciona la apertura automática de la verja. El segundo amante viene a menudo con los planos y madame no deja que se le note, pero siente por él una pena enorme, como por todos esos pobrecitos condenados a vivir delante de los coches que pasan, embotellados en el cemento, porque eso sí que no es vida. Entonces, después de fingir entusiasmo por los planos de la casa del segundo amante, le dice:

—Es preciosa tu futura casa. Pero no tienes que preocuparte, porque pase lo que pase, incluso si te casaras y ya no tuvieras tiempo para mí, en cierto modo, nos hemos entendido, así que podrás venir aquí a respirar un poco de aire limpio y a nadar un buen rato. Siempre habrá una habitación libre a tu disposición.

Ahora que está el herido, madame abandona con el pensamiento tanto al primero como al segundo amante. Ya no hace todos sus ritos mágicos para que telefonen: «Si consigo llegar al promontorio sin pararme nunca, telefonaré. Si me baño en agua helada, si esta noche cambia el viento, si recorro todo el camino de herradura hasta la playa sobre un solo pie».

Aunque no sepan nada del herido, parece ser que los amantes se han olido algo porque ya no llaman. Pero cada vez que lo piensa, ella siente un vacío en el corazón. Porque su idea de la felicidad no está en el Continente donde, con toda seguridad, se la llevará el herido, sino aquí.

Madame no se guarda nada, ni siquiera el tiempo. Siempre está disponible. No la entiendo. Si los demás me quitaran todo mi tiempo, los odiaría o me volvería loca. Cuando estoy pensando en mis cosas y oigo que me llaman, sencillamente no contesto.

A veces madame, por la falta de amor, se despierta en plena noche, entonces se acuerda de que está sola y le parece que se ahoga, se levanta y se toma un vaso de agua, pero el amor que no tiene le quita el aliento.

Le da miedo lo que pueda ocurrirle cuando sea vieja, a pesar de eso, tiene que existir alguna manera de encontrar el amor incluso de vieja. Alguna magia. Eso sí, ahora que está el herido, se siente bien. El herido duerme en la cama con ella, todas las noches le lee en voz alta un capítulo de una novela, es algo que le encanta. Pero si quiere disfrutar de veras de un libro, entonces va a buscárselo y lo lee por su cuenta

en otro momento.

Madame hace las cosas de casa con una camiseta, que de tanto lavarla se le ha quedado demasiado corta, y unos pantaloncitos que le quedan anchos como una falda porque están desbocados. Con los demás huéspedes es siempre correcta, trata de que no la vean así, en cambio, con el herido parece que lo hace adrede. Si él está leyendo en el porche, ella trepa siempre para buscar algo, entonces se le sube la camiseta y enseña las tetas escandalosas y sin sostén. O bien si está trabajando en el jardín, se agacha, y a través de los pantaloncitos cortos y desbocados, se le ven bien el culo y el coño.

Una vez ellos se pensaban que yo no estaba, pero entré en casa con mis llaves y por la ventana vi a madame acostada en el suelo de cerámica del porche. Se subió la camiseta, se apartó los pantaloncitos desbocados y empezó a tocarse mientras el herido le sacaba fotos.

Otra vez me escondí detrás de la ventana y los vi sentados a la mesa. Después, creo que el herido le pidió a madame que se desnudara, porque ella decía que no con la cabeza y se reía. Se desabrochó la camisa y el sostén, que se cerraba por delante, y siguió diciendo que no con la cabeza mientras se subía las tetas como si enseñara un montón de fruta en una bandeja. El herido seguía hablando y madame, diciendo siempre que no con la cabeza y riéndose, se levantó y se sentó encima de la mesa, justo delante de él. El herido apartó el plato, ella se tumbó, se quitó las bragas y se abrió de piernas. Él tomó de la bandeja unos calabacines crudos, de esos pequeñitos, y se los metió justo ahí; después de jugar con los calabacines, hundió la cabeza entre los muslos y parecía insaciable.

Eso sí, a veces los pesco cuando están charlando, o cuando el herido le está leyendo algún libro, entonces, me dejo ver tranquilamente y el herido me pregunta qué tal me va en el colegio y cómo está mi familia.

Madame, que como es lógico no sabe lo que vi, me confesó que el herido le dijo que en su vida había experimentado emociones tan fuertes, que nunca había estado en un lugar tan bonito ni se había sentido tan feliz. También dice que no entiende por qué el primero y el segundo amante se comportan de esa manera, porque una mujer como madame es para no dejarla escapar.

El ejército de los vecinos

Cuando llega la abuela, en la casa de los vecinos todo debe estar en perfecto orden. El dormitorio debajo del tejado, limpio y perfumado, debe oler a jabón, claro está, no a monte. Las comidas y las cenas deben hacerse en horarios regulares. Hay que guardar cola para lavarse las manos. Y rezar una oración de agradecimiento. No se come si la abuela no ha empezado primero, tampoco se habla si ella no ha empezado primero. Aunque, en realidad, el problema del orden no existe. La familia de los vecinos está organizada como un ejército cuyo General en Jefe es la abuela, propietaria de las tierras y la casa, el Teniente General es el padre, y la madre es el General de División. El hijo con graduación más alta debería ser el músico de jazz, pero como no está, o si está no cumple con su deber, al ejército este le falta el General de Brigada. El regimiento está compuesto por las cuatro chicas, la mayor hace de Teniente Coronel. Después vienen un Comandante, un Capitán, un Sargento, y por último, Pietrino, que es Cabo sin escuadra a su mando, porque es el último y no tiene a nadie a quien dar órdenes. El pequeño ejército de los vecinos no precisa instrucciones. Cada uno sabe muy bien lo que debe hacer a lo largo del día. Las instrucciones sólo se refieren a lo que se debe o no se debe decir a la abuela sobre el nieto que está en París. Se pide perdón a Dios por las mentiras: el muchacho está en la universidad, en la Sorbona, cursa ingeniería civil, no tiene importancia que en la Sorbona sólo enseñen humanidades, la abuela no lo sabe y la Sorbona impresiona mucho. Cursa ingeniería como su padre y su abuelo, que en paz descanse. Tiene una habitación en un colegio de curas, se la paga con los conciertos que da para juntar algún dinerillo. Y al hablar de música, se pone cuidado en usar diminutivos, para no asustar a la abuela, que pregunta alarmada:

—¿Y no perderá tiempo con esa manía suya de tocar la trompeta?

—¡Por el amor de Dios!, la música no lo distrae para nada de sus estudios y se examina puntualmente, cuando toca.

Entonces la abuela se tranquiliza y enumera la larga lista de éxitos que consiguen en los estudios los nietos de sus amigas. Dentro de poco, su nieto también sacará la licenciatura en ingeniería, como su amado marido y su querido hijo. En la empresa lo están esperando. El padre de los vecinos ya no puede con todo el trabajo y le gustaría, al menos en la vejez, dedicarse a su sueño de toda la vida: la construcción ecológica.

Si la empresa y el sustento están seguros en manos del primogénito, después de nueve hijos y treinta años de sacrificios, uno puede permitirse algún capricho. Eso sí, cuando vaya a la empresa, el nieto tendrá que vestirse bien, acordarse de todo y no ser tan distraído y descuidado. Ahora se le perdona todo porque está siempre concentrado en sus estudios universitarios, pero en el futuro...

Los vecinos intentan desviar la atención de la abuela hacia los demás hijos, le enseñan los cuadernos y los boletines de calificaciones de la Teniente Coronel o de la Brigada de las chicas, las medallas conseguidas en los torneos deportivos escolares por el Comandante, el Capitán y el Sargento, pero ella escurre el bulto y vuelve a su tema, al músico de París, al que cree estudiante de ingeniería civil, futuro titular de la empresa familiar.

El Teniente General, el padre de los vecinos, no manda nada, obligado como está entre el poder de su madre, el General en Jefe, y el de su mujer, el General de División. De él no hablan nunca, a menos que sea para repetir cuánto trabaja y cuánto quiere a su familia. Si hay que invitar a los vecinos, de nada sirve decírselo a él, de la misma manera que si son ellos quienes nos invitan, el padre llega, se encuentra con la mesa puesta y no sabía nada. Pero él está contento igualmente y le parece bien todo lo que decidan su madre y su mujer. Abuelo no soporta que sea así, y se empeña en preguntarle a él, pero el padre de los vecinos no le dará ninguna respuesta hasta no haber consultado con los Generales más poderosos. Además, siempre está callado y siempre tiene mucho sueño, porque trabaja muchísimo, y mientras todos se divierten, a él se le cae la cabeza sobre el pecho, se disculpa y se va a la cama. A lo mejor antes era distinto. Sabemos que tocaba el teclado en una orquesta, en vez de estudiar, se pasaba horas y horas practicando con sordina, encerrado en su habitación, pero lo descubrieron sus padres, se impusieron, lo enderezaron, el teclado pasó a ser cosa de los domingos y todo salió de la mejor manera posible. En el sentido de que se dedicó a estudiar y conoció a una chica formal, su actual mujer, católica fundamentalista, que formaba parte de un grupo religioso donde no se podía guardar secretos y, al final del día, cada uno debía colocarse en el centro de una sala, contar cómo se sentía, sus problemas pasaban a ser los problemas de todos y resolverlos era cosa de todos. Después llegaron ocho hijos, y los vecinos no eran lo bastante ricos para poder vivir en la ciudad, ni siquiera en el pueblo. Entonces se vinieron para aquí, cuando la mujer estaba embarazada de Pietrino. El padre de los vecinos era feliz porque, aparte del teclado, le encantaban el mar y la construcción ecológica, y pensaba hacerse una casa a su gusto y cabalgar sobre las olas. Pero el General en Jefe y el General de División consideraban que las casas ecológicas eran feas, y por lo que se refiere al mar, con tantos niños es demasiado peligroso, así que a la playa sólo se puede ir con el ejército al completo. Los de mayor rango se ponen en formación y hacen de salvavidas, así, los más pequeños nadan seguros, como en una piscina. Excepto Pietrino, pero de él nunca se acuerda nadie.

De ese amor de juventud queda el tontear de la mujer con su marido. Cuando se dirige a él, el General de División habla como una niña pequeña: «¡Ay, ay, ay, con mi madidito, qué mal ze pota con zu mujecita nunca la lleva al cine!». O bien: «A ver zi mi madidito le zirbe un vazito de agua a zu mujecita». Nosotras nos damos cuenta

cuando abuelo se ha cruzado con los vecinos y ha oído tontear a la señora, porque entra en casa a la chita callando, va a sentarse en el sillón, apoya sobre el taburete un pie encima del otro y pone morritos. Mis hermanitas y yo nos tronchamos de risa, y lo obligamos a que repita la imitación delante de mamá y de mi tía, y ellas también se tronchan. Es una lástima que la abuela Elena se haya muerto antes de poder divertirse ella también. Aunque, pensándolo bien, a lo mejor no le habría hecho gracia. Al contrario. Habría dicho que menudo consuelo el nuestro, mofarnos de la felicidad de las familias normales, y se habría encerrado en su cuarto a llorar.

Mi familia mantiene ahora unas relaciones más bien frías con los vecinos, porque cuando alguien comentó que aquí los únicos jóvenes en edad de amar éramos yo y su hijo primogénito, puesto que después de él nacieron nada más y nada menos que cuatro mujeres, los vecinos dijeron que soy la última chica que desearían. No por mí. Sino por mi padre.

Desde allá arriba, mi abuela estará llorando por mí y por mi orgullo herido.

Cuando estaba viva y yo invitaba a alguna compañera del colegio a que viniera a casa, no sé, a lo mejor para quedarse a dormir teniendo en cuenta lo lejos que estamos de la ciudad, preparaba el cuartito de invitados, ponía la mesa y la comida de forma elegante y suntuosa, como cuando éramos ricos y, si después esta compañera decidía no venir, no pensaba, como hacía abuelo, que se había comportado como una verdadera maleducada por no avisarnos a tiempo, sino que no había venido para ofendernos, porque después de la fuga de mi padre ya nadie se rebajaba a alojarse en nuestra casa.

Ahora bien, los vecinos pasarían por alto lo de mi padre, si abuelo cortejara a la abuela. Eso sí. Qué pareja perfecta, los dos viudos, con hijos, pero en el fondo, solos, la misma generación, las mismas ideas sobre la vida.

Abuelo dice que a esa mujer no la querría ni si fuera la última sobre la tierra, y ojo, no para irse a la cama con ella o tenerla en casa, ni siquiera como vecina de nicho en el cementerio. Sin embargo, la abuela de los vecinos es un ser humano importante, porque tiene el cerebro tan vacío, pero tan vacío, tan vacío, que constituye la prueba ontológica de la existencia de Dios. Y es verdad, porque ¿cómo se las arreglaría, así completamente sin cerebro, para caminar, hablar, manifestar sus ideas, tener sentimientos, si no tuviera alma? Por tanto, el alma existe. Por tanto, Dios existe.

18

Las alas de mi padre

A lo mejor, porque mi padre se marchó, con catorce años sigue sin venirme la regla.

Cuando yo estaba en la barriga de mamá, mi padre se jugó la primera casa, a mamá se le vació la barriga de líquido amniótico y yo me quedé en seco.

Una noche madame soñó que se me soltaban todos los dientes de las encías y que me había quedado calva, pero que estaba guapa igual. Se le encogió el corazón de tal manera que me llevó a la fuerza a ver a un médico que le habían dicho que era muy bueno, el doctor Giovanni, del apellido no nos acordamos nunca, así que lo llamamos así, el doctor Giovanni.

El doctor escuchó con atención a madame mientras le contaba la pesadilla y preguntó si de veras había tenido yo piorrea y si se me caía el pelo. Que no, que no. Nosotras habíamos ido a verlo para prevenir. Mi problema real era que todavía no me había venido la regla porque se había dado a la fuga con mi padre. Me revisó y dijo que, de momento, no había por qué preocuparse, aparte de lo de la regla, que me vendrá cuando esté un poco más tranquila. Me mandó hacer unos análisis y nos dio hora para otro día. Dos semanas después, cuando me vio otra vez con madame, de forma discreta hizo una serie de preguntas sobre mi familia. Entonces le contamos lo de mamá, que casi siempre está en cama, que a veces está tan cansada que ni siquiera consigue sostener un libro para leer, y también lo de todos los demás.

Madame aprovechó para hablarle de su miedo a la menopausia y le preguntó si es cierto que las mujeres menopáusicas pierden el talle y el deseo.

El doctor tomaba nota de todo, usaba una hoja de papel para cada persona, y a propósito de madame, quiso que le explicara mejor eso de la pérdida del talle; cuando lo entendió, se le escapó una risita y dijo simplemente que las mujeres menopáusicas no deben darse atracones si quieren que el talle siga diferenciándose de las caderas. En cuanto al deseo, es una cuestión psicológica. El doctor Giovanni, que tendrá más o menos la misma edad de madame, debe de haber simpatizado con nuestra causa, porque nos cobró una sola visita a pesar de que le explicamos las enfermedades de todas las personas que queremos, y nos propuso que las lleváramos a su consulta, sobre todo a mamá, porque él sospecha que tiene una enfermedad poco conocida, de tipo neurológico, el «síndrome de fatiga crónica», que lo suyo no es una lesión en la columna, como piensan los médicos que la están tratando. Después, madame dijo que, en su opinión, el doctor me traerá suerte, a mí y a mi familia, porque toda la suerte que no hemos tenido, de alguna manera, acabará cayéndonos encima. En avalancha. Dijo también que el doctor Giovanni, de no ser por el flequillo mal

cortado, sería un hombre apuesto, con algo especial, y le gustó mucho la manera en que hurga en el armario de medicamentos, le recordó al hijo mayor de los vecinos cuando busca las partituras, más o menos de la misma manera en que las ardillas lanzan tierra al aire mientras cavan su madriguera. Le dije a madame que, en mi opinión, se había enamorado del doctor, me dijo que no, que no está bien que se enamore del doctor porque haría falta un milagro, y no sus míseras magias, para que un hombre apuesto, estudioso, inteligente, dulce, simpático, especial como él se dignara mirar siquiera a una solterona menopáusica, inculta e insignificante como ella. Además, ¿quién nos asegura que no esté casado? ¿O que tenga una compañera estable? ¿O que le gusten los hombres? En fin, que por estos comentarios y temores me di cuenta de que se había enamorado.

Ahora, en cuanto alguien tiene un dolorcito, madame aconseja enseguida ir a ver al doctor Giovanni y se ofrece a acompañar a quien sea, y la abuela de los vecinos dice que aquí «ya no se mea ni se caga sin ese gran genio del doctor Giovanni».

Abuelo me preguntó si este doctor lleva alianza y si en el ambulatorio hay fotos de mujeres, o de la familia, y yo le aseguré que no. Sólo de aviones y paisajes exóticos.

19

La Alegría

El herido le habla siempre a madame de La Alegría, que antes de venir de vacaciones a Cerdeña se estaba mudando a la casa de él, pero no estaba contenta con los pocos muebles que tenía, y con razón, porque al vivir solo desde hacía tanto tiempo ya no se preocupaba por esas cosas. Entonces La Alegría no sólo compró lo que no había, sino que sustituyó lo que le parecía feo. Ahora tienen un congelador grande para las comidas que La Alegría prepara los domingos para toda la semana, un microondas grande para calentar rápidamente estas comidas, un juego de dormitorio nuevo con un armario de pared a pared, alto hasta el techo, para todos los trajes nuevos, los suyos y los de La Alegría, porque La Alegría quiso renovar el guardarropa de los dos y, sinceramente, él está orgulloso de lo guapos que quedan los dos con esos trajes. De todas formas, guapos o no, se lo pasaron en grande con tanta compra, y aunque madame, con toda seguridad, no piense lo mismo, ir de compras es algo creativo.

Desde que estuvo aquí para acompañar al herido, yo a La Alegría no la puedo ver ni en pintura. De ella no me gusta nada: sus bebistrajos dietéticos con la de cosas ricas que le ofrecía madame, la forma en que se metía en el agua dando saltitos, jamás de cintura para arriba, y mucho menos cuando había olas para no estropearse ese peinado que parecía recién salida de la peluquería, y todos esos viajes que hacía a Villasimius, de donde volvía cargada de bolsas, collares, gafas de sol, trajes de baño, sandalias, cerámicas, y ya sé que cuando compran, los turistas nos benefician a los sardos, pero a pesar de eso, a La Alegría no la puedo ver ni en pintura. Lo primero que hubiera hecho habría sido echarle un cubo de agua salada en la cabeza y estropearle ese peinado con los tres rizos, por el que nunca se podía bañar en el mar. O le habría metido una abeja en el vestido, con lo engreída y emperifollada que iba siempre. O le habría roto el vestido y le habría tirado los zapatos a la basura, como hace abuelo cuando mis hermanitas se ponen caprichosas con la ropa. O le habría hecho magia negra para que se le quemara la piel a pesar de que nunca tomara el sol así, por la noche, habría dado vueltas y más vueltas en la cama sin poder dormir.

Madame se impresiona cuando digo estas cosas, porque la magia debe ser blanca, además existe el peligro de que la abeja se me meta a mí en el vestido, que me queme y luego me pele toda aunque tenga la piel curtida por el sol y que eso me pase justo cuando está por venir el hijo de los vecinos, el músico de jazz, que aunque yo no haya dicho nada, ella se ha dado cuenta de que me gusta.

Además, a ella, La Alegría le da pena. No es más que una pobrecita en este pobre mundo.

A abuelo también le da pena, dice que las empresas farmacéuticas se aprovechan de los pobrecitos como La Alegría y los hacen funcionar a fuerza de Prozac, porque

si se deprimen, se quedan en cama, no compran nada más y la economía mundial se hunde.

En cambio mamá, cuando le hablo de La Alegría, dice que seguramente exagero y que al menos ella tiene un hombre que la quiere y es feliz, mientras que a madame, con su cabello rizado desgredado y su pobreza heroica, no la quiere nadie.

El fantasma y sus amigos

Cuando los constructores de urbanizaciones turísticas visitan a madame, dejan sus cochazos cerca de la carretera estatal y madame los recoge donde empieza el camino de tierra con su Ferrarina destartalada, total, más de lo que está no se puede abollar. A los constructores madame les insiste siempre que no puede vender, porque vive de este lugar, de los cultivos y del hotel rural. Entonces, los constructores tratan de hacerle entender que si vendiera, para vivir ya no necesitaría ni la fruta ni la verdura, ni hacerle de sirvienta a un máximo de ocho huéspedes agilipollados, con perdón de la expresión, que caminan kilómetros y kilómetros bajo el sol y entre las espinas antes de llegar a la playa.

Al poco tiempo de mudarnos, le propusieron a abuelo que vendiera, y después también a los vecinos. Todos pensamos que la rueda de la Suerte giraba de nuevo a nuestro favor, que a lo mejor, en el fondo, mi padre tenía razón, pero nuestros terrenos, situados en los márgenes y sin acceso al mar, no les servían de nada a los constructores si no vendía madame, que tenía sus tierras justo en el medio y, sobre todo, daban a la playa.

Después, con el tiempo y la amistad de madame, abuelo cambió de idea y, según mamá, quien mató a la abuela Elena no fue únicamente mi padre, sino que madame contribuyó lo suyo al impedir que volviéramos a ser ricos y detener con sus manos la rueda de la Suerte. Eso sí, la esperanza sigue ahí. Los constructores vuelven. Madame es amable y les llena los cochazos con todo tipo de cosas ricas. Pero vender, no vende ni a tiros. Los vecinos, por la parte que les toca, piensan que Dios tiene algún plan inescrutable relacionado con estas tierras y que, para ponerlo en práctica, se sirve de una pobre mujer como madame, sin marido, sin título de estudio y, todo hay que decirlo, sin cerebro. Abuelo odia a los constructores; cuando vienen, se va hasta la verja y los mira en silencio con aire amenazante, como si fueran unos ladrones y no benefactores que quieren que nos hagamos ricos.

Yo también los odio. Desde que los vi hacerle daño a madame. Una vez, ya era tarde, necesitaba repasar y se me había olvidado el libro en casa de madame. Convencí a mamá y a abuelo para que me dejaran ir con la linterna y el móvil conectado, así ellos podían saber minuto a minuto si todo estaba en orden. La casa estaba casi a oscuras y parecía como si no hubiese nadie. Pensé entonces que madame estaría en la casa del primer o del segundo amante y pasé por la entrada de coches; iba a abrir con mis llaves cuando vi una luz débil, como de velas. En la casa se oía llorar a alguien y me agaché debajo de una ventana que da al porche. Era ella quien les suplicaba que le

hicieran daño, quien quería ser castigada, parecía como si los matones la conocieran de toda la vida y supieran muchas cosas de las que nosotros no teníamos ni idea. Llevaba las manos atadas, estaba tumbada y desnuda sobre la mesa larga y baja para hacer el pan y el horno de leña estaba encendido. Los matones iban a pecho descubierto, y como si se turnaran, la tocaban y después la golpeaban por todas partes, ella lloraba y les pedía que siguieran, porque no había ido al colegio, porque nadie la había querido nunca, ni sus padres, ni sus hermanos, ni sus amantes. Los matones parecían acostumbrados a esa ceremonia y uno de ellos iba al horno, lo abría con un guante, sacaba unas brasas y con ellas rozaba apenas la piel de madame, que entonces lanzaba un aullido, pero después volvía a llorar y a decir las cosas de siempre, que yo también conocía, las mismas que le decía a abuelo. Pensé en uno de esos cuadros, de colores oscuros, pertenecientes al período barroco que estoy estudiando en historia del arte, en el que hay una mujer hermosísima acusada de brujería que arde en la hoguera. O en la escena de una película de fantasmas. Los matones hicieron levantar de la mesa a madame, la ataron a una viga, se quitaron los cintos de los pantalones y empezaron a azotarla, mientras ella venga decir que hacían bien, que se lo tenía merecido. Al final la desataron y se vistieron.

Sin poder moverse apenas, madame llenó las cestas con provisiones, las cargó en la Ferrarina y creo que los acompañó hasta la carretera estatal donde los constructores dejan sus coches como hacen siempre.

Otra vez, en cambio, fui a propósito. Con una excusa. Yo ya me di cuenta de que madame llama a los fantasmas matones para que le hagan daño cuando sus amantes no quieren saber nada de ella. Me escondí detrás de la ventana y el corazón me latía muy fuerte, los constructores estaban sentados a la mesa y en la enorme cocina la luz era débil, como en la escena anterior. Madame no estaba y los constructores comían y hablaban entre ellos, pero no parecían muy reales. De vez en cuando le echaban restos de comida a un perro que seguramente habían llevado. Al perro no conseguía verlo, estaba debajo de la mesa, pero estaba segura de que se trataba de un animal por la forma en que lo trataban. Después me di cuenta de que ese animal al que le echaban los restos de comida era madame, porque la llamaban «perra», «loca» y «muy buena nuestra hotelera, nuestra heredera».

A lo mejor es cierto que cuando trabajaba en los hoteles madame ejercía de puta.

O lo que dicen sus familiares, que la pobrecita no está bien de la cabeza y que, en la época actual, en el colegio le habrían puesto un profesor para repasar. Aunque a mí me parece que quien tiene razón es abuelo. Madame representa la catástrofe y la poscatástrofe, porque tal y como va el mundo, no tardará en venirse abajo, sólo entonces, cuando se haya venido abajo, entenderemos que era hora de cambiarlo todo.

Ahora que en la casa está el herido me siento más tranquila, seguro que los

constructores no se atreverán a acercarse.

Aunque, la verdad sea dicha, ya sé que no existen de veras. El fantasma y sus amigos vienen a hacerle daño a madame cuando ella los llama porque está triste y siente que no encaja en esta vida. ¿Cómo se explicarían, si no, la luz débil y los rostros difuminados y por qué sólo los vi yo y no los vecinos, o mi familia, o el músico de jazz en todos los años que fue a tocar la trompeta a casa de madame cuando hacía mal tiempo?

Por esa locura suya de no querer vender, madame se ha hecho famosa, y en verano, cuando llegan los cruceros y las lanchas traen a la playa a los turistas, los guías explican por el megáfono que aquí vive una campesina alquilahabitaciones que se empecina en cultivar estas tierras áridas y agrestes y que no quiere vender y hacerse rica.

Entonces todos los turistas quieren alquilar una habitación en este paraíso, pero después los guías, siempre por el megáfono, explican que sólo hay cuatro habitaciones, que no tienen televisión, que el agua está racionada y que usan molinos de viento y dínamos, o generadores de corriente cuando no hay viento y que no se puede derrochar nada.

La casa está muy apartada y para llegar a la playa los huéspedes tienen que caminar a pleno sol por los senderos hasta el camino de herradura empinado, porque la señora campesina alquilahabitaciones no quiere saber nada de construir un camino asfaltado.

Los turistas dicen que madame no es ninguna estúpida y que, en el fondo, tiene una playa privada como los millonarios de la Costa Esmeralda, pero el guía explica que no es lo mismo, porque a las playas de la Costa Esmeralda no se puede acceder por tierra, mientras que aquí, esta mujer deja pasearse a cualquiera, siempre que sea a pie, pero que sólo vienen los forofos del trekking, o unos cuantos alternativos que quieren vivir como ermitaños.

Entonces los turistas dejan de pedir información y se conforman con bajar a la playa, saltar, chapotear, gritar de alegría por la transparencia y el color azul del agua, por el perfume del monte y las rocas doradas, se hacen un montón de fotos, filman, y antes de marcharse, se llevan como recuerdo al menos una caracola, una piedrecita de granito o un ramito de enebro.

21

La despedida del herido

Antes de irse, el herido se despidió de madame con un discurso. Entendió por qué los hombres no se enamoran de madame, a pesar de su belleza y su carga sexual. Es demasiado buena y dócil, pero de una bondad tan fuera del tiempo, que resulta fastidiosa, y el herido no piensa, como hace abuelo, que esa bondad y esa docilidad son condiciones necesarias para que en el futuro siga existiendo el hombre.

Podrían hacerle cualquier cosa y ella respondería con una sonrisa. Madame no ha entendido que en el amor hay voluntad de atropello, violencia, ejercicio de poder. De lo contrario no tiene alicientes. La Alegría, por ejemplo, es una persona estupenda, pero atrévete a llegar tarde a una cita con ella, olvidarte del regalo para su cumpleaños, no darle las buenas noches antes de irte a dormir cuando la llamas por teléfono, te pasa factura. Te has equivocado y eso es algo que ella no te permite. Así va el mundo, querida, deliciosa madame, propietaria de unas tierras que, si las vendiera, podría hacer vida de millonaria, viajes, gente nueva, hombres, trajes bonitos, y no esos vestidos ridículos hechos con manteles viejos y restos de alforjas, un coche bonito, y no esa cafetera destartada. Y mandar a todos a tomar por culo, al primer amante, al segundo y también a él, al herido, él que se vino aquí a aprovisionarse de amabilidad, sexo, aire puro, comida sana, sin dar nada a cambio. Nada.

Cuando el herido se fue, se olvidó de pagar la pensión. Quizá porque como se había convertido en el tercer amante, le pareció que la hospitalidad iba incluida en el paquete. Madame le llenó la maleta con queso de oveja, jamón, pan, licor de mirto, limoncello casero, pastas con almendras. Trabajó durante días, llorando todo el tiempo.

El herido también estaba triste, le dijo que él quería amarla, y en el fondo, la amó. Sí, en los últimos dos meses la amó de verdad. Pero, como le gusta ser sincero, también le dijo que la amó porque sabía que la cosa tenía fecha de caducidad, que él se marcharía y volvería a su vida, a su ciudad llena de chimeneas, es cierto, pero en realidad, tal como están hoy las cosas, a una hora de tren de muchas otras ciudades.

Porque aquí estamos apartados, en un mundo que parece rechazar el progreso con su maraña de enebros espinosos, sus rocas, sus olas potentes, que madame se empeña en salvar, un mundo maravilloso, sí, pero por uno o dos meses.

Según madame, quizá por toda esta tristeza, por todas estas conversaciones de los últimos días se olvidó de pagarle los casi mil euros por los dos meses de pensión y, como dice la abuela de los vecinos, de «servicio completo».

Desde que el herido se volvió al Norte, madame fantasea con la idea de que entre la niebla, el humo de las chimeneas y los escapes, las bocinas de los coches y el cielo

gris, la echa de menos a ella, echa de menos este lugar. En cambio, el herido manda mensajes así: «De vuelta al trabajo. Todo bien. Te deseo lo mismo».

Las fiestas en casa de madame

Muchas veces la ex mujer le pide a madame que le preste el porche para hacer fiestas, conocer gente nueva, sobre todo hombres, y el otoño es la mejor época, porque el sol todavía calienta, pero no quema.

Sólo que madame se siente bien manteniéndose al margen, en la frontera, no por casualidad vive en este lugar, así que ella no participa en las fiestas, se queda en el piso de arriba, mira a los invitados detrás de las persianas y se divierte muchísimo, baila en su habitación, abrazada a la almohada si ponen un tema lento, o se desmelenan con los más movidos. Siente gratitud hacia la ex mujer, que le presentó al amante y quiere cambiarle la vida para mejor, entonces, aunque no participe en la fiesta, hornea pastas y panes, se pasa días lavando manteles, cepilla bien el suelo de cerámica del porche, coloca a los costados del camino unos carteles artísticos, para que los invitados encuentren la casa. La ex mujer trata de convencerla para que participe, a ver si así conoce a algún hombre nuevo, ya que el ex marido no es que se muestre muy entusiasmado con ella, y tampoco el segundo amante. No hay manera, con lo descarada que es madame, así, cara a cara con los hombres, cuando está ante una aglomeración de personas, y ya no digo en una escuela, sino incluso en una fiesta, le entran el pánico y las ganas de esconderse enseguida en el cubo de la basura o entre el estiércol.

Un día, la ex mujer del amante le pidió si podía dar una fiesta con su ex familia, y madame estaba emocionada ante la idea de que el amante fuera a su casa, aunque se tratara de una ocasión tan extraña. Habría estado dispuesta a decirle que sí, si él se lo hubiese pedido, pero cuando se vieron, él no dijo ni pío. Entonces madame pensó que cuando se hubiese dado cuenta de que estaba en su casa, habría subido a invitarla y por eso lo esperó con un precioso vestido tubo, que se había hecho con una funda de baúl en algodón, con trama de lanilla y aplicaciones en cinta de seda.

Detrás de las persianas vio llegar a los parientes y también a su amante. En el patio, los hombres asaban un cochinitillo y las mujeres preparaban platos con apio, quesos y salchichas; en el porche estaba la mesa llena de pastas hechas por madame, cubiertas con grandes servilletas de lino antiguo.

Madame esperaba que su amante subiera a buscarla, en cambio, quien llamó a la puerta fue la ex mujer para convencerla de que debía mostrarse superior y alegre, y bajar a la fiesta; a través de la puerta cerrada le decía que, por lo demás, ése era el tipo de relación que tenía con el amante, que debía seguir el ritmo de los tiempos y bajar. Madame se quitó el vestido funda de baúl, se tumbó en la cama y se echó a llorar. Cuando volvió a ver al amante, él le dijo que tenía una casa preciosa, que lo pasaron muy bien y que muchas gracias de verdad por haber sido tan amable. Los

padres de él, muy mayores, se pensaron que en honor a ellos habían alquilado ese sitio maravilloso con la calesa tirada por Amélie lista para llevarlos a la carretera estatal.

Un día inolvidable.

Cuando madame me contó todo esto, se sentía feliz y orgullosa por los elogios de su amante, y yo lo repetí todo en casa. Abuelo dio un puñetazo en la mesa haciendo temblar platos, vasos y cubiertos, y se fue sin comer, dando un portazo. Se pasó días sin hablarme y sin darme explicaciones, y a madame le retiró el saludo. Ella se desesperaba, no entendía qué había pasado ni qué agravio le había hecho, venía a casa cada vez más desesperada y le pedía a mamá que intercediera. Mamá, que conoce a su padre, lo entendió perfectamente y le dijo a abuelo que él, con quien quiere se lo tolera todo, como en el caso de su yerno, mientras que con el resto del mundo se hace el duro, que todo esto es injusto, porque a los amigos hay que aceptarlos con sus cualidades y defectos, que madame es buena hasta el punto de ser tonta, y eso es algo sabido. Entonces, abuelo fue a ver a madame y la perdonó, y madame nunca entendió por qué, pero no importa. Después de lo ocurrido, abuelo elaboró sobre la amistad la filosofía del *viaje de ida y vuelta*. En el viaje de ida, uno no quiere saber nada del amigo por lo cabrón que llega a ser, y en el viaje de vuelta, uno piensa que, en el fondo, es su amigo, que tiene muchas virtudes y que un amigo así no se encuentra en cualquier parte.

23

El ruido del mar

Los mensajes del herido han cambiado. Escribe que lleva grabado en los oídos el ir y venir de las olas, y que cuando está estresado, recuerda ese sonido. Si telefonea y madame está fuera, le pide que le haga oír por el móvil el ruido del mar y el murmullo del monte cuando el viento sopla con fuerza. También dice que sueña con el cuerpo blando de madame, con sus tetas grandes de mantequilla, incluso con sus trajes tan originales hechos con manteles, cortinas y toallas viejas. Y que eso le hace bien.

Entonces, un día, el herido telefoneó a madame con una voz espantosa y le contó que La Alegría, antes de irse a vivir definitivamente con él, se sentó en la cama nueva, se echó a llorar, y entre sollozo y sollozo le dijo que ya no lo quería, que cuando estaba herido en Cerdeña, ella tuvo tiempo de reflexionar sobre su historia y comprendió que no puede funcionar. A lo mejor antes de Cerdeña ocurría lo mismo, pero todas esas compras los habían trastornado y los malos pensamientos se quedaron ahí, en el fondo.

Ahora, el herido le pide a madame si puede volver a este lugar maravilloso, lejos de ese asco de mundo, aunque tenga que solicitar una excedencia sin sueldo en la oficina, le pide a madame que lo ayude a olvidar a La Alegría, que lo ayude a enamorarse de ella. Madame le ha contestado que lo siente muchísimo pero que ya no lo quiere. Antes, vaya si lo quería. Pero él estaba siempre con La Alegría en la cabeza y le decía que le habría gustado quererla a ella, a madame, que era tan buena, tan amable y estaba tan enamorada.

El herido no le hace ni caso, sigue llamándola y diciéndole que La Alegría lo ha dejado, que siente un vacío, una gravísima pérdida. A lo mejor ahora madame puede ayudarlo a olvidar. Él aprenderá a amarla. Con el tiempo. Al menos a quererla un poco.

Sólo que madame, mientras el herido le habla, y esto es algo que ella siente muchísimo, oye un grito en su interior, algo así como un «vete a tomar por culo». A lo mejor es un error. Madame dice que ahora, en comparación con cuando era joven, sabe mucho más sobre todas las cosas, y piensa: «¡Si las hubiera sabido entonces!». Pero después le ocurre que se encuentra en determinada situación en la que necesita saber algo ahora, en el presente, y se da cuenta de que lo que le hace falta ahora no lo sabe, por ejemplo, si tiene que mandar o no a tomar por culo al herido, y a lo mejor lo sabrá el día de mañana, cuando ya no le sirva de nada.

Cuando la vida es un dilema, madame lava y ordena a fondo la casa y el patio, cepilla a Amélie y la Ferrarina, y cuando cada cosa adecuada del color adecuado está en el lugar adecuado, le parece imposible que en el mundo siga reinando tanto

desorden.

El herido dejó de telefonarle y todo ha vuelto a ser como antes.

Cuando madame va a la casa de su amante, si él está cocinando para la semana, le pasa las comidas delante de las narices, las guarda en el congelador y no le pregunta: «¿Quieres probar?». Madame piensa que a lo mejor es porque la desea de tal manera que quiere irse enseguida a la cama sin perder tiempo en tonterías. Y después de hacer el amor están tan cansados que quién piensa en comer.

Abuelo le dice a madame que ella no tiene que ir más a la casa de su amante, porque no es cuestión de si hay amor o no hay amor, sino de que la consideren o no un ser humano. Si estamos cocinando y tenemos delante a un ser humano, le preguntamos: «¿Quieres probar?». En cambio, si delante tenemos un paragüero, no pensamos en darle de comer. ¿Es así o no?

Madame contesta que si ella fuera un paragüero, su amante no la abrazaría, no la desnudaría, ni la llevaría a la cama. Entonces abuelo, que a esas alturas pierde la paciencia, le dice:

—De acuerdo. No eres un paragüero. Entonces, para él, eres una puta.

Y madame contesta:

—No, porque no me paga. No me da nada, soy yo la que le lleva comida y me quiere, siento que en el fondo me quiere. Además, una vez me pasó la cuchara y me pidió que probara la salsa de la semana.

—Joder con *sa tzia*, una cucharada de salsa, ¿no sería mejor ir a Cáritas?

Mamá dice que a abuelo no hay que tomarlo al pie de la letra, porque tiene un espíritu crítico feroz y no se puede ver el mundo de esa manera. Los seres humanos se apañan. Llegan a acuerdos. En el caso de madame, es cierto que el amante no la quiere, pero dos o tres horas por semana esta mujer tiene algo que por lo menos se parece al amor. Se quita los trapos de siempre, se viste de mujer, se monta en el coche, va a la ciudad, alguien la toca. Es terrible que nunca te toque nadie. A ella, por ejemplo, a mamá, sólo la tocamos para ayudarla a levantarse de la cama y para sostenerla cuando camina. Entonces yo la abrazo, a mi pobre mamá. Sé que todavía es joven, que mi padre ya no está y que el amor la ha dejado en estas condiciones.

La ex mujer del amante dice que su ex marido la tiene preocupada. Por eso va a verlo a menudo. Simplemente por hacerle un poco de compañía. Siente por él mucha ternura, por las molestias que se toma al prepararle un montón de comidas ricas, como si llegara una mujer nueva a la que cortejar.

Un día, madame se armó de valor y le preguntó a su amante si la quiere un poquito. Él sonrió y dijo que no se quiere un poquito. O se quiere o no se quiere. Madame estaba desnuda, tendida en la cama al lado de él, que se levantó de repente, se vistió y se fue al otro cuarto. Entonces madame sintió un espanto muy grande, se

vistió y se juró que nunca más haría preguntas tan estúpidas. Las preguntas así de estúpidas hacen desaparecer toda la magia y la vida sin magia no es más que un espanto.

Después de esta pregunta, el amante no volvió a dar señales de vida. Era otoño y ahora es invierno. Llegó Navidad y el amante ni siquiera la ha llamado para desearle felices fiestas.

En cambio, el segundo amante estaba muy afligido por no poder ver a madame durante las fiestas, porque tenía muchísimo trabajo y por una serie tan larga de problemas y contratiempos que abuelo dijo: «Sólo le falta que lo hayan abducido los extraterrestres». En fin, se ve que ha encontrado a otra más joven.

Aunque después volvió a llamar. Estaba triste y le confió a madame que ahora sale con una buena chica, también muy joven, también muy guapa, también muy buena en la cama, quizá mejor, que no lo desaira como la otra, que lo quiere. El problema es que lo quiere demasiado. Por Navidad le llevó a su casa un arbolito con los adornos de la familia, esas bolas de cristal de la época de sus padres, y unos angelitos de miga de pan hechos con sus propias manos, con abrigo y bufanda blancos, también hechos de miga de pan, y el pelo de lana, y él se siente perdido cada vez que mira a esos pobres ángeles, a esos pobres adornos de cristal de la época en que era niño, hechos para servir de consuelo, aunque a él no le produzcan más que espanto. Porque esta chica da por descontado que pasarán las fiestas juntos y el segundo amante casi echa de menos las maldades de la otra.

El hijo mayor de los vecinos volvió con la maleta llena de camisetas de verano, un albornoz, gafitas, traje de baño y gorro de natación. Su mamá le preguntaba a los gritos:

—Pero ¿por qué, por qué?

Él le contestaba que creía que aquí hacía calor y que en París va a la piscina, así tiene más fuelle para la trompeta.

—¡Aquí no hay piscinas! —seguía gritando su madre—. Aquí vamos al mar. ¡Pero en verano!

—Sí, ya lo sé. ¡Sólo quería que vierais mis cosas de natación!

Cuando lo conté en casa, abuelo estaba que no cabía en sí del entusiasmo: «¡Genial! ¡Genial! Un artista». Por detrás, mamá le hacía señas para que callara. Mis hermanitas estaban escuchando; para ellas, oír estas cosas y ver la aprobación de un adulto no es nada educativo.

Por Navidad, madame y yo sólo teníamos la tarea de comprar regalos para mis hermanitas, Pietrino y algo de ropa de invierno para el músico de jazz, en vista de que mi tía no está y abuelo y mamá, aunque por motivos distintos, no soportan los regalos. Entonces, cuando llegamos a la ciudad, madame, que estaba elegantísima, llevaba un traje hecho con la tela de unas alforjas antiguas de finales del siglo XIX, propuso que fuéramos a ver al doctor Giovanni para hablar de las enfermedades, pero también para felicitarlo. El doctor preguntaba y la única que le contestaba era yo, porque madame, con la barbilla apoyada en el escritorio, no hacía más que mirarle las manos hermosas, el cuello, la boca, y pensar abiertamente lo que se piensa en casos parecidos. Cuando llegó el momento de despedirse, sacó un paquete y se lo dio. Era una cinta grabada con el ruido del mar y del monte cuando hay calma, temporal, llovizna, viento débil, viento fuerte y viento muy fuerte, y lo más bonito de todo, el sonido de la trompeta del músico de jazz.

El doctor Giovanni quiso escucharlo enseguida, se notaba que estaba pasmado, dijo incluso que era feliz y que se había enamorado de aquella cinta. Madame se disculpó por haberle hecho un regalo así y le confesó que había tomado la idea de una película, porque nosotros no tenemos televisión, pero casi todas las semanas vamos al cine de la ciudad, y que esas grabaciones tenía que enviárselas a un huésped herido que había estado en el hotel, pero que al final no se las había mandado y había decidido regalárselas a él por Navidad. El doctor Giovanni le dio las gracias con un caluroso apretón de manos. No con un beso, al menos en la mejilla, tal como en mi opinión esperaba madame. Pero nosotras igualmente salimos contentas de su consulta. El doctor Giovanni no lo sabe, pero el hecho de que no lleve alianza y que las paredes de su consultorio estén llenas de cuadros de aviones y paisajes exóticos, y no de fotos de mujeres o de familias, hizo que pasáramos una Navidad mejor.

Al llegar a casa, yo conté enseguida que el doctor Giovanni había pronunciado la palabra «enamorado» y que, en mi opinión, seguramente quería decir enamorado de madame. Mamá dijo:

—¡Ojalá! Aunque de ti no puede fiarse una.

Cuando vinieron a saludar por las fiestas, los constructores, o tal vez los fantasmas, coincidieron con los familiares de madame, se quedaron de piedra por la extraña casualidad, pero ya que estaban, podían aprovechar para hablar todos juntos de las tierras y de su posible venta. Madame cocinó para todos y llenó los coches de comida, pero se la notaba contrariada, porque su familia nunca la invita por las fiestas y se le adelantan viniendo aquí, quizá por miedo a que ella vaya a su casa.

Madame dijo que en el fondo, bien pensado, ella no saca nada de la belleza y que

a lo mejor vende y se marcha lejos de aquí.

La Nochebuena y el día de Navidad la invitamos a casa y mamá, sentada a la mesa de la cocina, diciéndome a mí y a mis hermanitas «traedme esto, traedme aquello otro», cocinó en honor de madame. Abuelo preparó en la chimenea asaduras de cordero a la brasa y al día siguiente había salchicha seca, jamón sardo, caldo de gallina con *fregola*, la pasta sarda, y cordero asado en la chimenea. Madame vino vestida de gala, con una preciosa manta de estampados inspirados en velos de tul con bordados de flores^[8], y trajo pan y dulces hechos en el horno de leña, y pizzas para mis hermanitas, porque a ellas no les gustan los platos tradicionales y prefieren tomar pizza y patatas fritas. Mi tía nos telefoneó desde Israel, estaba un poco triste porque se sentía sola y sus amigos filósofos israelíes y palestinos no tenían nada que festejar, pero de todos modos habían hablado de Dios, de la forma en que cada uno de nosotros es una *mónada sin puertas ni ventanas*, desprovista de contacto con los demás, y de la forma en que Él, en el fondo, hizo lo que pudo cuando creó *el mejor mundo posible* con las *mónadas* que, aunque solas, se mueven con armonía.

Las alas de mi padre

Esa noche volvió mi padre. Pensé que venía a buscarme, y en el fondo estaba contenta, porque a veces me parece que el futuro no me traerá nada bueno, así que más vale irse enseguida.

Volvió a su manera, el viento, las sábanas subidas hasta el techo, las bromitas. Después salió por la ventana. Me tapé bien y salí tras las alas de mi padre, por los senderos del monte. La luna proyectaba una luz azul claro alrededor de los arbustos cubiertos de escarcha brillante, todo era tan perfecto, pero yo estaba tan triste que pensé en el Dios de Leibniz, y en que no organizó en modo alguno las cosas para el mejor desarrollo de la vida universal. Prefería seguir a mi padre, a lo mejor hasta allá arriba, a otro mundo. De sendero en sendero llegamos a la casa de los vecinos. Se oían gritos:

—¡Es una vergüenza! ¡No pareces nacido en nuestra familia! ¡Vete! ¡Tu abuela cargará sobre tu conciencia! ¡Quédate tranquilo, que esta vez Jesús no te perdonará así como así, vergüenza debería darte, justo el día de su Natividad!

Después se oyó el ruido de vidrios haciéndose añicos en las habitaciones donde se encendía la luz. El hijo de los vecinos salió de casa enfurecido, con su trompeta, en camiseta con el frío que hacía.

Lloraba desconsoladamente, gritaba, con la mano libre se liaba a puñetazos con los arbustos como si quisieran asaltarlo. Las alas de mi padre lo siguieron veloces, y yo fui con ellas, hasta la carretera estatal y luego bajaron por el empinado camino de herradura hasta la playa. Lo alcancé y también se lió a puñetazos conmigo.

—¡No me volveréis a ver más! —gritaba—. ¡Os odio a todos!

Yo no me eché atrás, intenté sujetarlo, porque tenía miedo de que se lanzara al agua. Le decía que no importaba lo que hubiera pasado, él era joven, tocaba de maravilla y, aunque no tuviera a nadie más en el mundo, tenía su música y, sobre todo, se tenía a sí mismo, todos nos tenemos sólo a nosotros mismos, después le dije que esa noche yo también me quería morir, pero que si nos calmábamos un poco y contemplábamos la calma y la belleza que nos rodeaban, a lo mejor nos hacía bien.

—¡Este lugar me importa una mierda, lo odio! —gritaba.

Pero después se sentó en una piedra y siguió llorando bajito. Estaba frío como un témpano, porque la furia lo había hecho sudar y el sudor se le fue congelando en el cuerpo. Le había dicho toda la verdad a su abuela, que él la Sorbona la ha visto únicamente desde fuera, porque a menudo va a tocar al Barrio Latino. Que en París no está estudiando. Que se gana la vida tocando en los locales, que si no lo llaman, no come, y si no come, va a tocar la trompeta al metro. Que aceptaría ocuparse de una empresa de construcción únicamente si le apuntaran con una pistola en la sien, y a lo

mejor ni así. Entonces, la abuela se sintió mal y la llevaron al Servicio de Urgencias de Villasimius, y él no entendía por qué coño, si uno no mata ni roba, no puede vivir como le sale de las narices. En cambio, para sus padres, si ahora la abuela se moría, él tenía la culpa.

—Ha llegado el invierno —le dije quitándole los carámbanos del pelo y la espalda.

Estalló en carcajadas. Reía y lloraba. El mar era un espejo atravesado por una larga estela luminosa como una pista de patinaje sobre hielo, toda de plata. Entonces, de repente, le vino la inspiración y compuso ahí mismo una versión jazzística del *Claro de luna* de Debussy, sólo se oía su trompeta y hasta las alas de mi padre se quedaron quietas en el cielo, escuchando.

—No es cierto que odie a todos y que este lugar me importe una mierda —dijo después el hijo de los vecinos, como disculpándose.

Al día siguiente me vino la regla.

Y estoy segura de que también para el músico de jazz un árbol nunca es sólo un árbol.

La partida de la abuela

Cuando se recuperó, la abuela de los vecinos quiso que el nieto fuera a su casa del pueblo y le contara toda la verdad, aunque fuese dura de tragar.

Nadie sabe qué se dijeron, pero la abuela también se ha puesto a tomar clases de francés con el muchacho de Senegal, al que se cuida muy mucho de llamar *negrito*, y al que trata estrictamente de profesor, o mejor aún, de *monsieur*, y ahora que ha llegado la primavera, la abuela de los vecinos va y viene de París, y nos cuenta que ella, a la mañana temprano, va a la *boulangerie* de *rue du Temple* a comprar una *baguette* y después termina de hacer la compra en la *boucherie* o en la *poissonnerie* de *rue Rambuteau*, y nos dice que no podemos imaginar los colores de las fruterías de París, de las floristerías, de las chocolaterías y de las tiendas de abalorios. Después, cuando termina los trabajos de casa, que aquí no hace porque tiene la *bonne*, pero que en París, aunque pesados, son completamente diferentes, va a oír misa a *Notre Dame* y a pasear a orillas del Sena, a la *Quai de l'Hotel de Ville*. Cuando nos lo cuenta se emociona: por la primavera en París, por *Notre Dame*, que en las tardes se refleja en el Sena, por su nieto, tan sucio y hambriento, en ese tugurio maloliente con la escalera inestable, el lavabo abarrotado de platos sucios, el suelo carcomido, los grifos que cuando los abres giran sobre sí mismos y lo salpican todo, por su cama con sábanas llenas de lamparones debajo del ventanuco desde donde se ven, eso sí, las chimeneas, las buhardillas, los tejados del color del cielo parisino, las barandillas que parecen finísimos bordados, y a lo lejos, la *Tour Eiffel*. Y por el jazz. La abuela de los vecinos se emociona también por el jazz.

Dice que en el fondo, en todas partes cuecen habas, porque paseó con unas señoras mayores como ella, que la entendían si acompañaba con gestos el poco francés aprendido gracias a *monsieur*, de la misma manera que ella entendía a esas señoras, que tenían sus mismos problemas de soledad, de achaques, pero al fin y al cabo se sentían afortunadas por estar allí, paseando a orillas del Sena, charlando en dos o tres lenguas distintas y comprendiéndose tan bien.

Cuando la abuela de los vecinos vuelve de la *Ville lumière*, vamos a buscarla con la Ferrarina de madame y Pietrino siempre se viene con nosotras. Nunca puede venir nadie más. A abuelo le gustaría, porque no se fía ni de la Ferrarina ni de la forma de conducir de madame, y teme por mí. Pero tiene miedo de que la abuela, al ver que va a recibirla, se haga ilusiones.

Miramos los carteles luminosos de las llegadas y cuando el vuelo de París pone *landed*, el corazón nos empieza a latir con fuerza, y al abrirse las puertas automáticas la abuela aparece hermosísima, con su traje chaqueta, su bolso, sus zapatos, su perfume y el pelo recogido en un moño banana, todo al estilo de París como había

visto en las películas antiguas^[9] de su época y nos echamos a llorar de la emoción, vete a saber por qué París nos produce este efecto.

Las amantes de los amantes

Al llegar la primavera, el primer amante telefoneó a madame, que decidió no hacer más preguntas sobre el amor sino inquirir, como aconseja abuelo, el porqué de todas las cosas, en una palabra, decidió ir poquito a poco, sin pretender abordar cuestiones importantes del estilo «¿me quieres o no me quieres?». De manera que le preguntó al amante por qué nunca se deja ver por ahí con ella, para comer una pizza, ir al cine, pasear por la playa. Ninguno de los dos está casado, ninguno de los dos hace daño a nadie. Hasta los vecinos, cuando tenían alguna cosa rica para comer, la de veces que le dijeron a madame: «Invítalo a él también». Pero él no viene y dice: «Justamente hoy no puedo». En fin, que madame se armó de valor y se lo preguntó. Esta vez el amante le contestó exponiéndole la teoría de la vida en «cajas cerradas», que consiste en no mezclar el sexo con la amistad, el trabajo, los intereses culturales, los deportes. Cada cosa debe ir en su caja.

Madame se lo contó a abuelo que, después de reflexionar, concluyó:

—¿Entonces por qué no dejas que te metan un poco en la caja de las pizzas?

Madame se divierte con abuelo. Se ríe por cualquier tontería. A abuelo esto lo pone nervioso.

—No tienes que reírte siempre. No produce satisfacción alguna hacer reír con ocurrencias banales. Si te miro y te digo «puf puf», tú te ríes.

Que no le dé por decirle «puf puf», porque entonces madame se troncha de risa. Después de reírse tanto con abuelo, madame se pone a cantar. Es muy cantarina y su voz melodiosa parece querer decir que, en el fondo, la vida es hermosa.

Madame se tomó en serio a abuelo, fue a ver a su primer amante para pedirle que la pusiera en otra caja, sin nada de sexo, sólo amistad y punto, algún paseo, una salida al cine, compartir unos espaguetis, cosas así. Conocerse mejor. El amante estuvo de acuerdo, decía que él no quería hacer infeliz a nadie, y si a madame ya no le apetecía la cama si no había paseos, cine y unos espaguetis, él la entendía, pero no podía hacer nada por ella, porque no se podía tener todo a la vez.

Entonces daban paseos, iban al cine y compartían unos espaguetis, pero cuando madame, entusiasmada por las novedades, la gratitud y el hecho de que el primer amante era guapo, simpático, amable y cordial, se le acercaba para abrazarlo, él la apartaba y le decía que ahora era él quien ya no tenía ganas de sexo, y así desaparecía toda la magia y la vida volvía a ser un espanto.

Un día, la ex mujer del amante vino a visitar a madame, se la notaba incómoda y le pidió que le ofreciera una botella de vino, porque sólo después de tomarse una copita

se iba a animar a contárselo todo. Desde hacía tiempo había caído en la cuenta de que su ex marido se sentía solo y triste, y aunque no le faltaban mujeres, incluso hermosas y guapas como madame, ninguna conseguía esa cosa misteriosa que es llegar al corazón de alguien y crear un afecto, un vínculo. Desde que se habían separado, no había conseguido encontrar la mujer adecuada. Y a ella le pasaba lo mismo, desde la separación, no había logrado encontrar al hombre adecuado. Ninguno le había llegado al corazón. Ninguno de esos cibernautas. Con sus historias ridículas.

Madame sintió un disparo a bocajarro, ¡boom! No le salió sangre, pero se le coaguló dentro formando un montón de grumos. Una de esas hemorragias internas en las que vomitas la sangre de una herida que no puedes ver.

Sin embargo, al cabo de unos días, el mundo del amante y de su ex mujer, ese mundo en el que dos seres humanos se unen por amor y sólo tienen relaciones entre ellos, con paseos, cine y espaguetis incluidos, le resultaba a madame tan extraño y lejano que todo el dolor y las ganas de vomitar sangre se convertían en pura nostalgia. Pero de algo que no se conoce, así que, a la hora de la verdad, soportable.

Después de Navidad, el segundo amante dejó a la chica que lo quería y hacía angelitos de miga de pan, y en los últimos tiempos salía con otra, también muy joven, bastante escultural, rodeada de pretendientes, que nuevamente lo hacía sufrir.

Una noche llamó a la puerta de madame, estaba fuera de sí. Madame le preparó café y él le contó que había ido con la chica a una discoteca de por aquí cerca, donde se habían encontrado con unos amigos de ella que no tardaron en rodearla y echarle unos piropos más bien vulgares. Él estaba dispuesto a intervenir para ponerlos en su sitio a puñetazos, pero la chica seguía riendo y bailando en medio de ellos con una camiseta fina y corta que destacaba sus tetas enormes. Después, en un momento dado, uno de los chicos le había echado encima una copa de cerveza y ella, siempre muerta de risa, se había quitado la camiseta y había seguido bailando con las tetas al aire, toda mojada. Entonces él se había marchado sin despedirse. La chica era así. No era una puta. Porque después te dejaba con las ganas. Te volvía loco. Como a esos tipos de la discoteca. Seguramente los había puesto a cien y luego los había dejado con las ganas.

Así que el segundo amante se quedó a dormir en casa de madame, y a la mañana siguiente, los vi pasear por la playa desierta, con los zapatos en la mano, los pies en el agua clara en la que ya se veían los tonos azules del verano. Desde aquel día, él recorre un montón de kilómetros para venir a dormir a casa de madame.

Se los ve felices, y el segundo amante le dice a madame que le parece mentira que, por fin, pueda hacer el amor sin usar preservativo, aunque sea de buena marca. De ella se fía. Ahora ella es su compañera.

Huir

El segundo amante debe de haber hecho las paces con su novia jovencita, esa que lo deja con las ganas. Una noche no vino a dormir a casa de madame. Dijo que se había perdido. Estaba cansado y después de tomar por el desvío de la carretera estatal, sin saber bien cómo, empezó a dar vueltas y más vueltas sin encontrar la casa de madame, y como era de noche y no quería molestarla para que fuera a buscarlo, decidió dejarlo correr. Le dijo que pronto tendría noticias de él, pero no ha vuelto a presentarse más.

Por estas cosas ocurridas con el primero y el segundo amante, madame ha decidido que su hermosa cabellera ya no le sirve de nada, se ha cortado el pelo, pero fatal, a tijeretazos, y se ha dejado mechones más largos y más cortos.

—Qué fea soy —dice con placer.

En cambio, según abuelo, el pelo corto le queda bien. A él el pelo le gusta largo y rubio, como el mío, corto y rubio, como lo llevan mamá, mi tía y mis hermanitas, largo y rizado como lo tenía madame, y corto y rizado.

Además, madame se ha decidido a vender. Los constructores, al enterarse de que ella quería hablar, llegaron enseguida y no esperaron siquiera que fuera a recogerlos con la Ferrarina, sino que recorrieron el camino de tierra sin que les importara estropear sus preciosos coches, y le enseñaron los planos de la urbanización de bungalós, con los juegos, las piscinas, las zonas para animación, las calles que llevan a la playa, y en los lugares donde hay muchas piedras, embarcaderos para zambullirse en el agua. Le ofrecieron una fortuna y el acuerdo estaba preparado. La cosa es que al llegar a ese punto madame se escapó, dejándolos solos en casa con los planos y el acuerdo por firmar sobre la mesa de la salita de la recepción, no había manera de encontrarla y todos pensamos que a lo mejor se había caído del promontorio cortado a plomo sobre el mar.

Entonces, Pietrino dijo que cuando oscurece y él todavía no está en casa, ve piedrecitas luminosas que le indican el camino. Formamos el ejército y seguimos al niño, feliz, y esta vez General en Jefe, porque veía las piedrecitas, y yo también estaba segura de que aquél era el camino, porque por encima de nosotros noté como un crujido, seguramente eran las alas de mi padre. Caminando, caminando, llegamos donde están los animales y allí nos encontramos a madame llorando, entre las cacas de gallina y Niki Niki, que la picaba por todas partes y la arañaba ferozmente con las patas. Cuando nos vio, nos abrazó y entre sollozos nos dijo que ella no quiere arruinarnos con su locura de no vender, pero que ya no logra saber qué es lo sensato,

qué es lo loco, qué es lo justo, qué es lo equivocado, y si a pesar de eso podremos quererla igual.

El vuelo

Cuando quisimos darnos cuenta, las llamas se habían extendido por toda la casa de madame. Sólo quedaba un lado intacto, pero a ella no la veíamos en la ventana, no oíamos los gritos. Con las bombas de agua no conseguíamos resolver nada. Abuelo empapó unas cuantas toallas y se las puso en la cabeza. «Piensa en tu familia», le dijeron los vecinos.

No contestó. Se soltó con fuerza de los brazos que lo retenían y entró en la casa. Al cabo de un rato, lo vimos en la ventana llevando en brazos un muñeco envuelto en las toallas. Nosotros habíamos extendido una sábana grande, de cama de matrimonio, la sostuvimos en alto, todos juntos, y madame salió volando hacia abajo. Intacta.

Yo gritaba:

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Lánzate tú también, abuelo!

Pero a lo mejor él no podía. No quería.

Las alas de mi padre

A lo mejor las alas de mi padre querían avisarme de un peligro y yo no lo entendí. ¿Por qué mi padre no habrá sido más claro?

La abuela de los vecinos dice que, en su opinión, el incendio empezó dentro, que a lo mejor fue madame quien lo provocó, quería morir porque sus amantes ya no la quieren y no le viene la regla, porque ahora, las cincuentonas quieren seguir siendo jovencitas^[10]. Se sentía vieja e infeliz. Ni que fuera necesario ser jóvenes y felices para vivir. Se vive y ya está. Además, ¿quién dijo que la vejez es triste? Fijémonos en ella, que va y viene de París.

La mamá de los vecinos también está de acuerdo, aspirar a la felicidad es un pecado contra el Señor. Porque la felicidad que queremos nosotros, los humanos, no es la armonía del Paraíso Terrenal, del que nos echaron y es lógico que lo añoremos, sino una felicidad material, una satisfacción de deseos físicos, personales.

¿No habrá sido tal vez que madame quería morir por nuestro bien, para que finalmente nos hiciéramos ricos? ¿O a lo mejor fueron los propietarios de las tierras colindantes, esos que no viven aquí?

¿O no habrá sido que, con lo distraída que es, se olvidó de veras la olla en el fuego?

¿O no habrán sido los constructores de urbanizaciones turísticas que querían darle un aviso: «Ten cuidado que si no vendes te matamos»?

¿O no habrán sido sus mismos parientes, por la herencia?

¿O no habrá sido que, pero esto sólo puedo pensarlo yo, los fantasmas matones durante una ceremonia en la que castigaban a madame, tuvieron que salir corriendo por algún motivo y se dejaron el horno de leña encendido?

Me da igual. No me importa. Ahora odio a madame. Ojalá no la hubiera conocido y ojalá nunca la hubiera querido. Para mí ella también se murió, asfixiada por el humo del incendio.

Desde que abuelo murió, mi padre ya no ha vuelto más. A lo mejor se hablaron. La abuela de los vecinos dijo que en París, su nieto lleva una vida que ni te cuento, con eso está todo dicho, mucho sexo con las putas, poca comida, poco sueño. A ése sí que le hace falta un ángel de la guarda con las alas así de grandes.

A lo mejor mi padre y abuelo se fueron juntos a París y vuelan sobre Notre Dame, el Sena y el Barrio Latino, y vaya donde vaya el trompetista de jazz, lo siguen desde lo alto. A lo mejor también vuelan por encima de la abuela, cuando va a la *boulangerie* y a la *boucherie*, o a pasear con sus amigas francesas por el *Quai*. Y abuelo ha aprendido a apreciarla, ahora que ella siente por su nieto un afecto personalizado y no generalizado, y que le gusta el jazz y ha tenido el valor de

cambiar.

Abuelo

A madame no consigo odiarla en serio. La tenemos de invitada y dice que ahora que abuelo no está, para ella ya no queda nada y la vida no es más que un espanto. Hace unos días la convencí para que hiciéramos esas cosas absurdas que nos caracterizan, como correr sin parar hasta la playa o nadar hasta las rocas que afloran en medio del mar para librarnos del dolor y el tormento. Pero se quedó sentada en las piedrecitas blancas de la orilla, y empezó a mirarse con fijeza los pies y las olas pequeñas que los cubrían y descubrían, y me dijo que estaba enamorada de abuelo. Ni por un segundo pensó que pudiera corresponderle un hombre así. Guapísimo, con esa hirsuta barba gris, porque no se afeitaba todos los días, y ese físico delgado y ágil, y esos ojos de un azul oscuro como el mar cuando sopla viento fuerte, y esas manos. Inteligentísimo. No podías pasar ni cinco minutos a su lado sin que descubrieras y comprendieras algo nuevo. Eso sí, lo que le decía sobre el hombre del futuro era con fines terapéuticos, para que tomara confianza en sí misma, seguramente ni él se lo creía. Ella no era más que *sa tzia*. A madame no le quedaba más remedio que fantasear. Soñaba con que los dos se iban a las cascadas, detrás de los montes, y que, en un momento dado, se desencadenaba un temporal y tenían que guarecerse detrás de una roca y abrazarse con fuerza, luego oscurecía y no podían volver a casa, entonces, para mostrarle agradecimiento, madame besaba a abuelo en las mejillas, porque él sabía siempre cómo salvarse, después, iba besándolo cada vez más cerca de la boca, entonces, la desesperación del temporal se transformaba en la única felicidad verdadera y posible y abuelo le decía que de esa manera unían lo útil con lo placentero. O bien madame se caía del caballo y se desmayaba, y abuelo gritaba: «Despierta, amor mío». O bien se sentía mal cuando nadaba en mar abierto, abuelo la salvaba, la sostenía en sus brazos, le hacía la respiración boca a boca y a lo mejor así se daba cuenta de que *sa tzia* le gustaba.

Pero nunca se había desencadenado un temporal así y abuelo conocía el camino de vuelta a casa hiciera el tiempo que hiciera, incluso en la oscuridad, Amélie era una yegua vieja y tranquila, madame nadaba de maravilla y llegaba antes que nadie a las rocas que afloraban, lejos del promontorio.

Las alas de mi padre

Pietrino tiene una idea feliz de Dios, el Único que evidentemente le contesta. Según él, basta con que le pidas algo. Entonces madame lo intentó y medio en broma le dijo al niño que a ella le gustaría que abuelo volviera, o que al menos su primer o su segundo amante vinieran a buscarla y a llevársela. Después de comer llamaron al timbre y vimos un todoterreno en la verja, nos asustamos y nos armamos con aperos de labranza para defendernos de los constructores, que seguramente querían matarnos, pero no eran ellos, era el doctor Giovanni, que había leído en el diario lo del incendio, se había asustado, no entendía quién se había muerto y no paró hasta encontrarnos. Fue derecho hacia madame, le dio un beso en una mejilla, luego en la otra y después, al volver a la primera mejilla, la besó en la boca. Lo hicimos pasar y le contamos todo, mientras madame lo miraba extasiada. Después se fue y no volvió más. De él y de su vida no sabemos nada. Sólo que recorrió cincuenta kilómetros como un desesperado, pensando que madame se había muerto y que al encontrarla se sintió tan feliz que la besó. De todos modos, lo único cierto es que se trata de un hombre capaz de entusiasmarse, de querer. Por cierto, hablando del beso en la boca, podría tratarse de un error, podría haber calculado mal las distancias al pasar de una mejilla a la otra. En mi opinión, cuando madame cierra los ojos, repasa la escena del beso del doctor; yo también lo haría, para que la sensación durara, o tal vez la escribiría, no sé, digo. Y cuando mira por la ventana, se nota que espera al doctor. Sólo que él no viene. Un milagro que Dios dejó a medias. Una magia sin todos los elementos. Un error en el equilibrio entre las *mónadas*.

Lo que me sabe mal de Dios es que lo haya organizado todo, tal vez de la mejor forma posible, como dice Leibniz, pero que después se haya ido y nos haya dejado solos. En cambio a mí me gustaría que entrara en el fondo de todas las cuestiones, que pudiéramos discutir las cara a cara.

La abuela y la mamá de los vecinos tienen justamente esta idea de Dios, que Él siempre está ahí para sugerirte qué hacer. Y así, aconsejadas por Dios, llenaron la Ferrarina de provisiones y convencieron a madame para que fuese a ver al doctor Giovanni para darle las gracias en nombre de todos por su interés, por sus ideas sobre cómo curar a mamá, por los consejos sobre la artrosis de la abuela de los vecinos. Le aconsejaron que hablara pura y exclusivamente en plural. Nosotras. Nosotras. Nosotras. Para no levantar sospechas.

Cuando se marchó, madame nos miraba con sus ojos relucientes de tigresa enamorada y triste.

—Me prometiste que rezarías el rosario —le recordó a la mamá de los vecinos.

—Quédate tranquila —le contestó la mamá de los vecinos, y a ratos le acariciaba

la cabeza, a ratos ordenaba las provisiones en el maletero.

—Abuelo nunca diría que el doctor Giovanni es un tonto del culo —le susurré yo al oído.

Ella se echó a llorar y nosotras también, y debo decir que desde el día del incendio, a madame ya no la quería, porque abuelo se murió por salvarla. Pero ahora me doy cuenta de que no es verdad. Mi abuelo se habría lanzado a las llamas para salvar a quien fuera. Mi abuelo era así. Él era el único hombre posible del futuro. Además, sé que quiso morir. Podía haberse tirado a la sábana después de madame. Además, siempre decía que estaba aburrido, que al menos la muerte habría sido una novedad y habría comprobado si después hay algo. O no.

Madame todavía no ha vuelto. Nos ha llamado al móvil y nos ha pedido que no nos preocupáramos, que todo va bien, pero como se hizo tarde, el doctor Giovanni no la ha dejado viajar de noche y la ha convencido para que se quedara hasta el día siguiente.

Seguro que ahora, mi pobre madame, que nunca ha tenido nada, está durmiendo. A estas horas a lo mejor el músico de jazz también duerme. Yo también debería dormir. Pero no consigo dormirme. Solamente si sobre todos nosotros vuelan las alas de mi padre y de abuelo. A ellos no les cuesta nada de nada ir de aquí a Cagliari, pasar por París y volver. Dejo la ventana abierta.

Agnese

Ahora el doctor Giovanni viene a recoger a madame con frecuencia, a veces no la trae de vuelta y ella duerme en casa de él. A lo mejor es por piedad. A lo mejor es incómodo traerla de vuelta. A lo mejor sólo es por el sexo. Pero hay una cosa que sí está clara: esto es un milagro. Y Dios hace los milagros a su manera, a lo mejor no los que esperábamos, así que hay que aceptarlos tal como son.

La cuestión es que en su nueva situación madame está bien, aunque la casa de Giovanni sea un chalet adosado en la carretera estatal 554, donde ella siente que se ahoga a pesar de que, cuando se sienta a la mesa él la ponga siempre frente al jardín, que por otra parte es casi todo de cemento. Por cierto, parece que justamente el cemento era lo que necesitaba la alcaparrera, que no había conseguido crecer en el maravilloso terreno de madame y ahora florece.

Además, hay un gato, Ariel, que no soporta la presencia de madame, por lo que se pasa el día escondido y, si ella anda cerca, ni siquiera sale para comer. Madame se pasa un montón de tiempo hablándole en voz alta, con la esperanza de que él entienda, pero el gato no sale de su escondite, y si sale porque oye la voz de Giovanni y la ve a ella, ondea la cola, nervioso.

Madame se preocupa y teme que Ariel huela que ella nunca formará parte de esa casa. A mí lo que no me gusta ahora de madame es su nuevo peinado. A Giovanni sí le gusta. Se parece al de La Alegría, pelo lacio, con unos rizos. También me sabe mal que Giovanni le haya prohibido coserse esos preciosos vestidos hechos con manteles, cortinas y toallas, esos trajes de muñeca hallada entre los escombros de Stalingrado. En fin, qué se le va a hacer. De todos modos, ellos son felices.

Con todas las mujeres que tuvo, el doctor Giovanni decidió ir a casarse justamente con madame. No sabe explicárselo, es un misterio el motivo por el que alguien nos roba el corazón y por el que nos encariñamos con ese alguien y le tomamos apego. Madame era madame también antes, y ningún amante la quiso, y me consta que incluso la tomaban por un perro al que lanzaban restos de comida debajo de la mesa. Y ahora, todos los sábados por la mañana, el doctor Giovanni va al mercado y le compra las cosas más exquisitas, en la mesa le llena la copa con los mejores vinos y siempre le recoge la servilleta —porque madame siempre tiene el problema de que se le cae— y se la sujeta al vestido con un broche.

Y hay otra novedad, algo divino, que Giovanni llama a madame por su verdadero nombre, Agnese.

Agnese, nadie la llamaba nunca por su nombre. De pequeña le decían «la última de la casa», en el colegio, «la burra», después «la camarera», «la modista», «la amazona», «la heredera», «la hotelera», «sa tzia», «madame».

Cuando Giovanni la llama «¡Agnese!», ella a veces ni siquiera contesta de tan extraño que le resulta ser Agnese.

La abuela de los vecinos dice que se entregaba demasiado pronto, que no se hacía desear, que es justamente lo que los hombres quieren, y que para que se casen con una hay que aguantar hasta el último día. Madame dice que está convencida de que lo de la regla es una cuestión realmente psicológica, porque ya no le viene, sin embargo siempre anda con muchas ganas de tener relaciones sexuales con su hombre. Eso significa que con Giovanni ya se acostó, así que la tesis de la abuela no se sostiene. Igual que toda explicación lógica. ¿Cómo ha ocurrido entonces? ¿Gracias a la rueda de la Suerte de mi padre, esa que tarde o temprano acaba girando? ¿A una magia? ¿Al Dios de los vecinos?

La mamá de los vecinos está preocupada. No se fía del doctor Giovanni. ¿Qué necesidad tenía de casarse con madame? ¿Por qué no se limitó a invitarla a vivir con él, dado que se había quedado sin casa? La cuestión es que el doctor Giovanni debe de haberse informado bien sobre las tierras y la mamá de los vecinos teme que él quiera matar a madame, con un crimen perfecto, heredarlo todo, vender las tierras y hacerse millonario. Es verdad que el primero y el segundo amante de madame tampoco la querían y no querían casarse con ella, pero por lo menos estábamos seguros de que no querían matarla por la herencia. Como de costumbre, mientras hablaba, no se dio cuenta de que estaba Pietrino, y el niño se puso a llorar, a tirarse de los pelos y a gritar que nadie le cree, que el doctor Giovanni no puede matar a madame porque Dios lo mandó a buscarla, como cuando Dios mandó el pez grande al agua baja, o encontramos a madame con las piedrecitas luminosas. O cuando cambió la dirección del viento mientras él regresaba en su balsa desde Serpentara, donde enterró los tesoros que su hermano mayor le trajo de París. Se levantó un viento muy fuerte que sopló en sentido contrario, y unas olas altísimas zarandearon tanto la balsa que a punto estuvo de ahogarse, pero bastó con que rezara una oración, como le enseñaron sus padres, y el viento se volvió a su favor y sopló en dirección a casa.

La mamá de los vecinos se volvió de golpe y mientras le pegaba con fuerza, le gritaba:

—¿Pero qué dices? ¿Pero qué estás diciendo? ¡Estás loco, dime que no es verdad!
—y lo sacudía como un muñeco de trapo.

—Me voy siempre a Serpentara con mi balsa, mi balsa tiene vela y puede llegar todavía más lejos. De mayor seré navegante. ¡Podéis comprobar si en la isla, en el lugar donde os digo, están o no los tesoros de París!

La mamá de los vecinos se desplomó en una silla, medio muerta.

—Pero si no ha pasado nada —le decía yo—. El niño está sano y salvo. Es un genio. Se construyó una balsa, como un naufrago, y consiguió llegar. Es un gran marino.

Y fui a abrazar a Pietrino y a felicitarlo, mientras la mamá no dejaba de sollozar.

Después de dejar a la familia de los vecinos haciendo preguntas y escuchando a Pietrino, mientras iba para mi casa pensé en el asunto del homicidio, y yo creo que aunque el doctor Giovanni se haya casado con madame para matarla y heredar, el milagro, o la magia, ocurrieron lo mismo, porque al menos antes de morir, madame habrá sido feliz, con su alianza que no para de admirar y de quitarse para leer «Giovanni».

De todas maneras, alguien debe de haberle metido en la cabeza a madame la idea del homicidio para quedarse con su herencia, porque antes de casarse le regaló sus tierras a mi familia. Enseguida quise volver a regalar a madame mi parte, pero cuando me di cuenta de que ni mamá ni mi tía quieren vender, entonces, acepté. No me atreví a preguntarle a madame si el doctor Giovanni ya sabía todo esto antes de la boda, quiero decir, que se casaba con una muerta de hambre y para colmo ni siquiera joven.

Cuando llegaron los constructores, los recibimos con mucha amabilidad, ya sabían que mi familia es ahora la propietaria. Les llenamos los coches con todo tipo de manjares, pero también les rogamos que no volvieran nunca más. Vino el padre de los vecinos y les dio a entender que la Policía los vigila, por si llegara a producirse otro incendio.

También ha vuelto el músico de jazz. Después de enormes sacrificios se había comprado una entrada para el concierto de Oscar Peterson, su mito, que en julio actuará en París. Al enterarse del incendio, vendió la entrada y tomó el primer vuelo para Cagliari. Me telefoneó para preguntarme si, por casualidad, madame no necesitaba algo para aturdirse y no pensar. En París, aunque él personalmente no utiliza estas cosas, conoce a cierta gente que algo puede conseguirle. Pero le dije que no. Que no se metiera en líos, que lo único que le faltaba era acabar en la cárcel y no poder volver más aquí. Entonces me preguntó por qué alguna vez no iba a visitarlo, que estaba seguro de que la abuela me pagaría el viaje. Quería explicarle que ahora soy rica otra vez, porque tengo todas estas tierras, pero después pensé que la mía es una riqueza rara, porque, dado que no vendemos, y encima tenemos que reconstruir el hotel, y para colmo la indemnización del seguro no es nada del otro mundo, tendremos que hacer muchos sacrificios y pareceremos unas muertas de hambre. Pero nosotras sabremos que somos ricas y nos conformaremos lo mismo.

Cuando llegó, el hijo mayor de los vecinos tocó para abuelo una pieza hermosísima de Händel, entre los restos chamuscados del hotel, y madame, con su voz melodiosa cantaba: «¡Deja que lllore mi suerte cruel! ¡Y que añore la libertad! ¡Y que añore, y que añore, la libertad!».

Ariel

Mi tía dice que el gran filósofo Hegel definiría todo lo que ocurrió como *una astucia de la razón, una heterogénesis de los fines*. En el sentido de que, quizá, uno puede actuar de la mejor manera y las cosas salen mal, pero tal vez hace algo que es lo más equivocado del mundo y todo sale de la mejor manera posible. En cierto modo fue lo que ocurrió. Eso sí, en mi opinión, la astucia fue de abuelo. O de mi padre. Leibniz también tiene razón, porque puede que éste sea de verdad *el mejor mundo posible*, el mejor que Dios consiguió hacer. Ahora bien, si el mundo lo creó Él, que todo lo puede, ¿por qué tuvo que morir abuelo?

La cuestión es que el doctor Giovanni entendió cuál era el mal de mamá y le aconsejó que, en vez de seguir con el médico ortopedista, se hiciera una revisión neurológica, ahora parece que el tratamiento está funcionando y mamá se levanta de la cama sin que la sujetemos y hasta da cortos paseos. Claro que no va a la ciudad, ni al pueblo, porque los viajes en coche todavía son peligrosos, pero sí por los senderos, hasta donde empieza el camino de herradura que lleva a la playa.

Desde allí, el horizonte es infinito, y si sopla viento, me gusta ver cómo se le hincha la falda, se le revuelve el pelo y, más que nada, verla sonreír ante todos los tonos le celeste, turquesa, violeta, azul del mar. Ahora dice que abuelo era el mejor padre posible y ya no se enfada con nadie.

Mi tía sigue estudiando a Leibniz, pero lo de encontrar trabajo ha dejado de ser una obsesión, porque tendrá que ocuparse también del hotel, que el padre de los vecinos está rehaciendo según su sueño de la construcción ecológica. De hecho, el General en Jefe y el General de División algo de razón tenían porque el hotel está saliendo realmente feo. Mejor dicho, más que feo, estrambótico. Parece un juguete, con su molino de viento y su techo de cristal negro. Pero de tanto pasar delante del edificio acabas acostumbrándote. También mamá y mi tía, las otras dos propietarias aparte de mí misma, están de acuerdo en que, en este caso, quien manda es el Teniente General, y si alguien dice que a un hotel así vendrá todavía menos gente que antes, nosotras no nos lo creemos, porque si madame Agnese se casó, todo es posible.

Pietrino cursa el primer año de primaria; un día, en el colegio, proyectaron la película *Aladino*, y la historia lo impactó muchísimo. Le confesó a mis hermanitas que si él fuese Aladino, al Genio de la lámpara le pediría tres cosas: que desaparecieran los colegios y no pudieran reconstruirlos nunca más, ir a vivir por su cuenta a la isla de Serpentara y volar. Mis hermanitas se asustaron muchísimo porque tienen miedo de que al niño, vigilado ahora de cerca para todo lo referido a la balsa,

le dé por construirse unas alas.

Madame logró conquistar a Ariel; ahora lo trae aquí y lo hace corretear por el monte. Con la magia que le ha caído encima, en cuanto se sube a la Ferrarina, Ariel se revuelca en el asiento posterior y después, muy obediente, vuelve a meterse en la jaulita, porque sabe que tiene que sufrir un poco, pero que después se irá a atrapar lagartijas y pajaritos, y que volverá todo sucio de broza, hojas y barro, y madame lo arreglará un poco antes de regresar a Cagliari, y ahora ya no balancea la cola, nervioso, sino que rueda por el suelo y se queda panza arriba.

Madame vendrá a ayudarnos en el hotel, sobre todo con la cocina, y a lo mejor yo tengo demasiada imaginación, como sostiene mamá, pero cuando habla así y Ariel está cerca, el gato empieza a rodar por el suelo de alegría, y parece un tigrecito a punto de volver a la jungla. Porque ahí donde lo ves, Ariel es clavadito al gato silvestre de Cerdeña; Giovanni se lo encontró medio maltrecho, cuando era cachorro, en un lugar como éste. Le dio de comer, lo trató bien y cuando lo llevó al veterinario, el doctor exclamó: «¡Qué gato más espectacular!».

Al amor de Giovanni por madame, abuelo sabría darle una explicación. Diría que también Giovanni es un posible hombre del futuro. Por su manía de llevarse a su casa ejemplares de especies en peligro de extinción.

Madame dice que vendrá a ayudar, pero en cuanto pasan unas horas, echa de menos a Giovanni y los ojos se le ponen cada vez más amarillos y más relucientes, como los de un tigre extraviado. Entonces la toma con Ariel que se esconde e intenta atraparlo:

—¡Nos vamos a casa! ¡A casa! ¡Ingrato! ¡Malvado! ¡Nunca más me fiaré de ti! ¡Nunca más!

Cuando lo agarra, lo trata mal y lo encierra en la jaulita, pero mientras pone en marcha la Ferrarina ya empieza a disculparse con el gato y a decirle que ella no soporta estar tanto tiempo sin Giovanni.

Como no quiere distraer a Agnese, que está conduciendo, Giovanni nos llama a nosotras al móvil para saber cuándo se marchó, así calcula el tiempo y a lo mejor, si tarda mucho, va a buscarla. Algo que a ella no le había pasado nunca. Que alguien se preocupara por su vida.

He pensado que me invento muchas películas sobre el amor, en cambio, el amor es algo que no tiene nada de peliculero. Seguramente, incluso la magia es mucho más simple de lo que creemos. Incluso Dios. Y tal vez éste es realmente *el mejor mundo posible*. Como cuando el doctor Giovanni vino a buscar a madame, la besó y se puso a llamarla Agnese, o cuando el hijo de los vecinos lloraba y luego se reía porque no se había dado cuenta del cambio de estación y a mí, por fin, me vino la regla, o cuando la abuela dijo que se sentía feliz porque su nieto había sido el único que no la había tomado por una vieja idiota, o cuando mamá y mi tía decidieron que no vendían

las tierras, o cuando llegó madame a la vida de Ariel y con ella las gatas a las que amar, las lagartijas y los pajaritos a los que cazar. Pero sobre todo, cuando con el corazón que me latía a mil por hora le pregunté a madame:

—¿Antes de casarse contigo, sabía Giovanni que nos habías regalado tus tierras?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no iba a decírselo?

—¡Mágico!

—Ya puedes decirlo, porque algo de magia hice. ¿Te acuerdas del papel en el que estaba envuelto el ramo de novia que le tiraron a la cabeza a la abuela de los vecinos? Lo usé para envolver la cinta con la grabación del ruido del mar que le regalé a Giovanni por Navidad.

Ser felices

Madame, que ahora ya es Agnese, dice que la suya con Giovanni es una felicidad tan, pero tan grande que no la puede sostener, y que ser felices no es fácil como piensan los pobrecitos que luchan contra las dificultades. Como solía pensar ella. Dice que la única manera de que esta felicidad suya no termine es terminar antes que la felicidad. Morir para no morir. Porque tarde o temprano, Giovanni se cansará de ella. Giovanni ha viajado por todo el mundo, China, Japón, Tierra del Fuego, Galápagos, Filipinas, Islandia, Tíbet, Siberia, Mongolia, Perú, Bolivia y muchos sitios más; en cambio ella se pasó la vida escondiéndose, de niña, en los cubos de la basura y entre el estiércol, y después, en el monte. Así que se está convenciendo de que no está hecha para Giovanni. Ni para Giovanni, ni para la felicidad.

Él sí. A todo le ve el lado positivo. Una vez le dijo que le daba gracias a la vida incluso por todas las cosas que le habían ido mal, simplemente porque lo habían llevado hasta ella. Sólo que ella no está a la altura. Ni siquiera se reconoce en su propio nombre. Agnese. Agnese. ¿Pero quién es Agnese?

Giovanni tuvo muchas mujeres hermosísimas de las que conserva fotos e hizo el amor con extranjeras, sobre todo orientales, seguramente capaces de unas prestaciones sexuales muy, pero muy sofisticadas, como esa de destapar botellas con la vagina, y vete a saber tú cuántas rarezas más, mientras que madame, pese a todos sus amantes, sólo sabe hacer cosas muy sencillas, y por ahora, Giovanni siempre la desea, pero está claro que, tarde o temprano, echará en falta todo eso a lo que está acostumbrado.

Algunas noches, antes de dormir, madame le pregunta a Giovanni si es feliz. En los primeros tiempos, él contestaba enseguida que sí. Ahora contesta que está bien, muy bien. Y entonces madame ya no pega ojo. Y si se duerme, acaba teniendo la misma pesadilla: que Giovanni duerme y ella no, entonces, se sienta en el silloncito, al lado de la cama, a esperar que amanezca, y mientras espera se hace caca encima, ensucia el sillón y, justo en ese momento, Giovanni se despierta y le habla con dulzura y jamás sospecharía nada. Así que ella no se puede levantar y está condenada a quedarse así para siempre, si no quiere que Giovanni se dé cuenta de que se casó con una cagona, qué Agnese ni qué ocho cuartos.

En el fondo, estaba mejor cuando era una criatura marginal, de la que sus amantes no se ocupaban, al menos no era responsable de la felicidad de nadie. Estaba mejor incluso cuando era una criatura despreciada y los fantasmas le pegaban y la humillaban. Al menos entonces era ella misma. Madame. Ahora no se reconoce más, con ese marido que la confunde con una princesa, y todas las noches la princesa se transforma en una cagona a la que tarde o temprano él acabará descubriendo.

Si estuviera abuelo, sería distinto. Pero abuelo ya se murió una vez para salvarla, ¿qué más puede hacer? Seguramente se enfadaría, como cuando madame decía que se quería morir: «Entonces yo aquí no pinto nada —le decía—, ¡de nada sirve que tú y yo hablemos, hablar contigo es como hablar con las paredes!». A ella le espantaba la idea de que abuelo rompiera la amistad, entonces aseguraba que no, que ya no se quería morir, que quería convertirse en el hombre nuevo del futuro, con tal de que él siguiera siendo su amigo. Pero ahora que abuelo no puede enfadarse, lo único que tiene madame en la cabeza es terminar antes de la felicidad. Así, cuando vuelvan los tiempos difíciles, ella ya no estará. Cada vez que viene a visitarnos, madame dice estas cosas tristes y de nuevo necesita esas pruebas extremas de cuando se nos ponían los nervios de punta y corríamos sin parar, de un extremo al otro del camino de herradura, o nadábamos hasta donde afloran las últimas rocas o en pleno invierno nos zambullíamos en el agua helada del mar. Sólo que ya no me quiere y prefiere irse sola a quitarse el nerviosismo. Yo me preocupo y el corazón empieza a latirme con fuerza, así que me pongo en camino, voy a casa de los vecinos para ver si está allí y la abuela dice que madame es como aquel que nunca ha visto nada en su vida^[11], y que también la felicidad debe tomarse en pequeñas dosis para poder digerirla, que siempre va bien un poco de movimiento después de haber comido, y mi tía también está de acuerdo, porque madame es como esas personas de los campos de exterminio a las que encontraron con vida. En cuanto comían, se morían. Muchos parientes de sus amigos judíos acabaron así. La mamá de los vecinos suspira y dice que primero le pedimos milagros a Dios, y después, cuando ocurren, nos negamos a creer en ellos.

Pero ayer yo tenía el presentimiento de que era otra cosa. Empezó a llover de repente, relámpagos, truenos, cielo negro y madame que no aparecía, si hasta Ariel volvió a casa por miedo al temporal. Entonces ocurrió algo extraordinario. Estaba sentada en mi silloncito, estudiando, hacía un poco de frío y me cubría las piernas con una manta ligera. El viento fuerte abrió de par en par la ventana, la manta se elevó hasta el techo y formó las alas de mi padre. Me eché al camino y corrí hasta la casa de los vecinos, donde estaba la abuela que tuvo que quedarse a dormir por el mal tiempo.

«Dame las botas», le gritó a su nuera, y salimos corriendo, ella con su traje chaqueta de París, y yo sin haberme puesto siquiera el impermeable. Pietrino nos alcanzó, con su chubasquero de marinero y una mochila, y nos adelantó. No sabíamos qué dirección tomar, así que seguimos al niño. Recé para que viera las piedrecitas luminosas, y a lo mejor las veía, porque corría y parecía que supiese por dónde ir. Llegamos al camino de herradura. Las olas ya estaban muy altas y madame estaba allí, embobada, un puntito como absorto en medio de la playa negra invadida por el agua negra. De vez en cuando se caía por la fuerza del oleaje fragoroso, después se

volvía a levantar y la violencia del agua la hacía caer de nuevo, la arrastraba un trecho hacia el mar y ella se quedaba allí. No se defendía, era como si se dejara llevar. No trataba de alcanzar la parte más alta de la playa. Según la curva que tomaba el camino de herradura, la perdíamos de vista y después volvía a estar siempre allí. Nos pusimos a gritar, pero la tempestad ahogaba nuestras voces y el mar podía llevarse a madame de un momento a otro. Entonces, Pietrino sacó la pistola lanzabengalas para los S.O.S., empezó a disparar una bengala tras otra y aquello parecía un espectáculo con fuegos artificiales. Madame se volvió hacia nosotros y como pudo empezó a subir. Cuando el agua la alcanzaba, se caía, se volvía a levantar y conquistaba un palmo de salvación, y nosotros también echamos a correr por el camino de herradura hasta que nos encontramos. Pietrino y yo la abrazamos, y no me voy a olvidar nunca de la abuela de los vecinos, con el traje chaqueta parisino empapado y aquellas botas, allí de pie, hablando sola: «Está loca^[12], atontada^[13], *elle est folle, elle est folle!*».

Agnese caminaba, muy abatida, entre el niño y yo, hacia casa.

¿Quién sería el de las alas?

Después de estos hechos, decidí contárselo todo a mamá, sobre las sábanas que se transformaban y subían hasta el techo, las bromitas, el viento y cómo algo me guió siempre hacia la suerte y la felicidad. Mamá me escuchaba boquiabierta, en silencio. De manera que decidió decírmelo. Ella ha sabido siempre dónde se esconde mi padre.

Pero entonces, si mi padre está vivo, ¿quién sería el de las alas?



MILENA AGUS. Nacida en Génova y afincada en Cagliari (Cerdeña), debutó de forma fulgurante en 2005 con la novela *Mientras duerme el tiburón*, obteniendo de forma inmediata el reconocimiento unánime de crítica y público. Se consagró poco después con *Mal de piedras* (2006), novela que la haría acreedora del Premio Elsa Morante y finalista de los prestigiosos galardones Strega y Campiello. Posteriormente ha publicado, entre otros títulos, *Las alas de mi padre* (2008), *La imperfección del amor* (2009) y *Alice*. Traducida a veinte idiomas, su obra ha cautivado a más de un millón de lectores.

Notas

[1] Salvo que se indique otra cosa, en sardo en el original: *antigoriu'e nannai*. <<

[2] *manna e tonta.* <<

[3] *pira cotta pira crua dognuno a dommu sua.* <<

[4] *bidducula maiola, priogu resuscitau*, en el sentido de persona que se ha enriquecido. <<

[5] *nieddeddu.* <<

[6] *pibionis*. Técnica artesanal que permite obtener telas con una textura cubierta de gránulos semejantes a pepitas de uva. (N. de la T.) <<

[7] *egue*. En sentido figurado, putas. <<

[8] *manta ingemmada*. <<

[9] *antigori*. <<

[10] *bolinti abarraí pipieddas.* <<

[11] *esti cummenti chi non di ha mai biu.* <<

[12] *Macca esti.* <<

[13] *scimingiada.* <<